

CARTAS DESDE ASIA

HÉCTOR ABAD GÓMEZ

CARTAS DESDE ASIA

Colección Héctor Abad Gómez

A la memoria de mi hija Marta Cecilia,
quien antes de morir leyó estas cartas
y me pidió que las publicara

*“En vez de maldecir la oscuridad,
Prende, aunque sea, una pequeña luz”*

Proverbio oriental

INTRODUCCIÓN

Casi todas estas cartas tienen un destino específico. Al leerla, él sabrá a quién me dirijo. Otras son dirigidas, anónimamente, a un grupo de hombres y mujeres, de orígenes o actividades similares. Todas han sido escritas en un periodo de seis meses, en Manila, Republica de las Filipinas, por una persona de cerca de cincuenta años que no tenía nada mejor que hacer con su tiempo. Pretenden ser el resultado de una limitada pero intensa experiencia vital. Aunque están escritas, fundamentalmente, para pasar el tiempo, el autor quisiera que ellas dejaran algunas enseñanzas útiles en quienes las lean. Se espera, por lo tanto, que sean publicadas. Si no, habrán cumplido su propósito primordial de, simplemente, matar el tiempo libre de alguien que se encontró, de pronto, en un lugar extraño, sin familiares, con pocos amigos, y sin actividades suficientes para llenar sus horas de soledad.

Ciudad de Manila, Filipinas.

CAPÍTULO I

Carta a un niño

No recuerdo como era el mundo para mí cuando tenía doce años. Probablemente era claro, simple, sin complicaciones ni problemas. Sin embargo, para mi padre estaba lleno de interrogantes y de dudas. Habíamos emigrado de una población en Antioquia, Jericó, con motivo de la crisis económica de los años treinta, a una nueva población antioqueña, en el Valle del Cauca, llamada Sevilla, que quedaba, como se decía en esa época, “Cauca arriba”. Es decir, más allá de La Pintada y donde “no existía el diablo”. Habíamos realizado el viaje a caballo, con toda la familia, a un lugar completamente nuevo y desconocido. Empezaba la vida, en realidad, para mí. Pero no pretendo hacer una autobiografía. Ya vendrá la época, cuando esté más viejo. Ahora lo que quiero hacer es escribir una carta con algunas reflexiones. Recuerdo que hace tres años, cuando te pregunté cómo te había parecido la vida hasta entonces, tu me contestaste: “Papi, unas veces buena y otras veces mala”. Esa simple y al mismo tiempo profunda respuesta no la he olvidado. Pare-

ció como si en ese momento supieras tú más de la vida que yo mismo. Yo quería clasificar la vida, definirla, hacer un juicio sobre ella y quería saber tu opinión. Probablemente quería que tú me contestaras, a los nueve años, que tu vida había sido color de roda. Pero tu respuesta fue distinta, inesperada, inteligente. La vida no es buena ni mala por sí misma. Es una mezcla de las dos cosas: “Unas veces buena y otras veces mala”. Sin embargo, yo había estado trabajando, siempre, por salvar vidas. Me había dedicado a la salud pública, con intensidad de fanático, queriendo que nadie muriera, que nadie se enfermara y que nadie sufriera. Le daba a la vida un valor en sí misma, una categoría indudable de cosa buena. Hoy no estoy tan seguro de que ésto sea cierto. He visto tantas vidas miserables. Sin embargo, cuando en un asilo de ancianos pregunté a más de veinte de ellas si hubieran preferido no nacer, todos me contestaron que no, que preferían, de todas maneras, haber vivido. Una vez que la vida se conoce, no quiere abandonarse. Esta parece ser una ley biológica universal. Aceptamos, sin discusión, el valor de la vida. Todas las religiones y todas las tradiciones nos lo han enseñado así. Pero la vida trae la muerte. Y, por instinto, creemos que la muerte es mala. Que no es bueno morir. Pero si no hubiera vida no habría muerte. Aparece así la paradoja de que la vida es responsable de la muerte. Y la responsable de una cosa mala –dirían los escolásticos- no puede ser buena. Pero no se trata ahora, tampoco, de filo-

sofar a la escolástica. Sea buena o sea mala la vida, estamos en ella y estamos viviendo. Has vivido doce años. Muy poco tiempo todavía. Según los índices de vida actuales, tienes probabilidades de vivir setenta años más. ¿Qué va ha hacer con ellos? Las circunstancias de tu mundo futuro –casi diría que en gran parte el azar- es, en definitiva, lo que va a regir tu propia vida. Una de las sensaciones más desagradables, a la edad que yo tengo, es la de estar convencido de lo poco que uno influye en su propia vida. Son decisiones de otras personas, a veces en remotos lugares de la tierra, las que influyen en la vida de los hombres. El sistema capitalista, que produjo la depresión de los años treinta en los Estados Unidos, fue lo que hizo que nosotros paráramos en Sevilla, Valle, “en donde no existía el diablo”. Y yo nada tenía que decir. Ahora es distinto: Tú discutes con nosotros si quieres seguir en el colegio en que estás o prefieres otros. Tienes más alternativas que las que yo o mi padre teníamos en esa época. ¿Es esto mejor para ti? Tal vez si. Te acostumbras un poco más a la libertad; y puedes decidir por ti mismo muchas cosas que pueden o no ser importantes, dependiendo de las circunstancias, del azar, otra vez. Pero el azar, en cierto modo, es también previsible. Ahora se estila predecir el futuro, planificar, como dicen. Y esto se puede hacer, seguramente, en grandes grupos. Se pueden prever los grandes cambios y hasta “monitorizarlos”, como también dicen ahora. Pero esto en grandes grupos humanos o socia-

les. Mas prever el futuro de una sola persona, planificarlo es casi imposible. Apenas algunos pocos han alcanzado los objetivos que se propusieron en su infancia. A la mayoría nos envuelve la vida y nos lleva de un lado a otro, como decía un personaje importante, pero maligno en Colombia, “como una brizna de yerba en las manos de Dios”. Esto es lo que cada ser humano es: Un producto del azar. Su herencia, la combinación de sus genes, son un producto del azar; sus padres, su nacionalidad, su país, su raza; productos del azar; su mayor o menos inteligencia: producto del azar. Su temperamento: producto de la herencia, de la cultura en que nació y de la educación que recibió. Por eso me fastidia la gente que se enorgullece de su inteligencia o de su raza, de su nacionalidad o de su cultura, de su educación o de sus riquezas. Casi todas esas cosas son productos también del azar. Es cierto que hay personas que, con su voluntad, hacen más o menos, con las mismas o parecidas circunstancias, que otras. Pero, ¿No es la voluntad también producto del azar? ¿Un producto de la misma educación y personalidad que recibió y que no se escogió?

Entonces, me preguntarás, ¿Nada puede hacer el ser humano por sí mismo? La respuesta aunque parezca paradójica por lo anteriormente dicho, me parece que debe ser positiva. Creo que ésta es una de las grandes ventajas de haber nacido en la llamada “civilización occidental”. Ya los orientales están también aprendiendo que es necesario el

esfuerzo para progresar, para sobrevivir y para gozar. Lo que una persona parece obtener gratuitamente en su vida, por ejemplo, más inteligencia o más educación, lo tiene a la larga que pagar. Si obtiene más poder o más riqueza, tiene que pagar por ello. Por todo lo que hace o lo que no hace, tiene que pagar. Nada es gratuito para los seres humanos. Las cosas les cuestan a los hombres. De niños, tienes que pagar con una sonrisa las caricias que te hacen. De adulto, tienes que pagar con tu vida misma el hecho de haber vivido. Tienes que pagar, con la muerte, la vida que te dieron.

Yo me pregunto: ¿No valdrá la pena tratar de infundirles un poco de sabiduría a los menores? ¿No necesitaremos que la educación sea más objetiva y científica de lo que ha sido hasta ahora? ¿Y más seria y menos llena de mitos? Tú lo decidirás por tí mismo. Como sabes, no he tratado de imponerte nada. He tratado simplemente, de hablarte siempre con la verdad sobre lo que pienso –por lo menos sobre lo que estoy pensando en el momento en que te lo diga, aunque a veces, seguramente, cambie. Tú sabes que no creo en cosas eternas e inmutables.

Pero no creas tampoco que la vida sea tan seria como para que a toda hora debemos estar meditando en estas cosas. No. La vida es bella. Tiene momentos extraordinarios y momentos sublimes. Tiene enormes alegrías. Tiene también, tú lo sabes, enormes tristezas. El saber disfrutar las alegrías y el saber resistir las tristezas nos hace más humanos. Y ser

más humano es ser un animal mejor que los animales de los cuales ascendemos. Y somos mejores, porque comprendemos más que ellos. Porque tenemos un cerebro mayor. El azar ha producido esta evolución y no tenemos por qué enorgullecernos de éllo. Pero sí tenemos razón para estar satisfechos y para agradecer al azar, o a Dios, como tantos dicen, el que nos haya hecho potencialmente humanos. La satisfacción de poder hacerse cada vez más humanos es muy grande. No creo que los demás estén satisfechos, o sean capaces de estar satisfechos, o de darse cuenta siquiera de que son. Aunque haya gente que dude, a veces, de que sea bueno el ser humano. Es famosa la frase “mientras más conozco a los humanos, más quiero a los perros”. Pero yo creo que ésta no es más que una frase. Inteligente, y hasta diría que verdadera. Porque hay seres humanos que lo hacen a uno, realmente, querer más a los perros. Pero también hay seres humanos que uno conoce, en sus mejores momentos y en sus mejores expresiones, en tiempos, motivos y circunstancias especiales, que hacen a muchos de ellos verdaderamente buenos. No debemos juzgar a la vida o a los hombres por sólo lo que nos pase personalmente a cada uno de nosotros. Las circunstancias o el tipo de trabajo que uno escoge lo hace caer en grupos de mejores o peores calidades. Hay grupos humanos de todas las categorías. La ambición de poder es una de las ambiciones que más pone de manifiesto los peores atributos humanos. O mejor diría, toda

ambición exagerada o desmesurada: ambición de poder, de dinero o de gloria. Las ambiciones desmedidas son producto de personalidades desequilibradas. Y las personalidades desequilibradas producen heridas a los que las rodean. Cuando se ambiciona cualquier cosa en exceso, aún la felicidad, se produce pesar a los demás. ¡Cuánto ganaría el mundo si hubiera menos personalidades desequilibradas! Aunque muchos creen que éstas son las que, precisamente, producen el progreso. Pero, ¿Es que el progreso es siempre bueno? Esta es otra de las grandes preguntas que en el curso de estas cartas trataré de responder. Pero ya ésta se va haciendo larga y a la gente e la época no le gusta leer cosas largas, a no ser novelas, o cosas demasiado sencillas o demasiado interesantes. Como verás, no he estado pensando tanto en ti personalmente. He estado pensando más en tantos otros que no han tenido las oportunidades que tú has disfrutado. En tantos otros que han nacido en ambientes de fanatismo político, religioso, nacional o racial, fanatismos que tanto mal han hecho a la humanidad. Por eso creo que tú vas a contribuir a que otras personas sean mejores. Y pudiendo contribuir en esa forma al mejoramiento del mundo, contribuirás a tu propio mejoramiento, y, sobre todo, a tu propia felicidad. No te escribo más. Más tarde hablaremos de esto y de todas las cosas en que tú estés interesado. Conversando y dialogando se aprende, a veces, más que leyendo. Conversando se aprende mutuamente. Conversando con un niño,

con un ignorante o con un sabio. Con todos los seres humanos a los cuales nos acerquemos, sin prejuicios y sin malignidad, aprendemos muchas cosas. Pero lo que más tenemos que aprender, de lo que más tenemos que preocuparnos, es de cómo usaremos las cosas que vamos aprendiendo. Vas a saber, con el tiempo, que el todo no es saber mucho sino saber aplicar bien las cosas que aprendemos. Pareciera ser que tantas cosas en la vida no son sino un medio: el saber, la sabiduría, por ejemplo, no deberían ser sino un medio para hacer mejores, o mejor dicho, más felices, a los demás. El verdadero fin de una vida que valga la pena es el bienestar de todos los humanos. Lo demás es espejismo. Aprende esto desde pequeño y así podrás ser más feliz.

¿Y cómo alcanzarás tú mismo mayor bienestar? Sirviendo mejor a los demás. Esta es una conclusión muy simple y que ha sido antes muy predicada pero que es muy poco practicada. Aprende a distinguir entre la “plática” y el ejemplo. No le creas sino a lo que “hacen” y no tanto a los que dicen. Creo que ésta es una buena regla general para **la vida**.

CAPÍTULO II

Carta a mi hija mayor

Quiero hablarte ahora, como tal vez lo inicié en una que te escribí personalmente, sobre el concepto de los “valores”. Tú sabes que sobre esto se han escrito libros enteros. Todos los filósofos del mundo se han preocupado de lo que ellos llaman “la escala de valores”, para la cual hasta tienen un nombre complicado, derivado del griego, que es “axiología”. Recuerdo un libro del profesor Frondizzi de la Argentina sobre esta materia. Frondizzi es un profesor que conocí en la Universidad de California, en Los Ángeles y que es muy distinguido en el mundo filosófico actual. El me decía que ponía el “bienestar” en una muy baja escala dentro de los llamados “valores”. Yo he meditado bastante sobre esto y no logro ponerme de acuerdo con él.

Recuerdo que el valor que analicé contigo en mi anterior carta fue el “valor” de la riqueza. Yo la colocaba en una escala muy baja. Y creo que con razón. Pero “bienestar” es otra cosa, porque el bienestar se adquiere cuando se ponen arriba una serie de valores espirituales superiores, como

el amor, la bondad, el esfuerzo, la alegría, el entusiasmo, el trabajo por los demás, la amistad, el compañerismo, la “mente abierta”, como dicen los anglo-americanos, la falta de prejuicios raciales, nacionales o religiosos, etc.. Cuando se ponen por encima todos estos valores, creo yo, se obtiene el bienestar.

Te decía que el amor familiar, por ejemplo: el amor de los padres entre sí; el amor de los hijos a los padres y el de éstos a los hijos; el cariño entre los miembros de una familia; es uno de los valores más positivos y más altos. Mucho mayor que lo que ahora llaman en Norteamérica la “opulencia económica”.

Y no es que yo no le de ningún valor a las condiciones materiales y a la seguridad económica. Creo que sin estas dos cosas la felicidad se hace más difícil de conseguir. Debemos tener con que comer; un lugar confortable en donde vivir y en dónde estar y en dónde dormir; y tener en dónde conversar con nuestros familiares y nuestros amigos. Claro que todo esto depende del medio cultural en el cual vivimos y de los conceptos y otras condiciones. Como tú sabes, la era de las comunicaciones universales en la que está envuelto el mundo actual, ha hecho que mucha gente tenga una visión directa de lo mejor que se puede tener en otras circunstancias y en otros ambientes. Y que se haya producido lo que los psicólogos llaman la “explosión de las expectativas”. Es decir, que una cantidad de seres humanos

quiere alcanzar los niveles más altos a que apenas unos pocos han llegado. Algunos no se contentan sino cuando han llegado al mayor nivel. Otros se contentan con menos. Con un nivel que yo llamaría “adecuado” y que te describiré en párrafos posteriores. Un nivel material “adecuado”, es muy importante. La mayoría de habitantes de la tierra no lo han alcanzado, porque no tienen comida suficiente para calmar su hambre, ni tienen vivienda adecuada, ni condiciones de vida adecuadas, ni salud, ni educación adecuadas. El ser humano normal o promedio se contenta con las cosas elementales: con comida, vestido, vivienda, salario, diversiones, transporte, reconocimiento, amistades, sensación de valía y utilidad, que no tienen por qué ser excepcionales, o fuera del promedio o de lo común, en el medio en que se vive. Esto es suficiente, creo yo, para la sensación de bienestar; casi de felicidad. Todo esto es lo que yo llamaría “adecuado”.

El dolor, la guerra, la enfermedad, la enemistad, el odio, el sentimiento de inferioridad, el desprecio de los demás, son cosas que no puede soportar el ser humano normal. Este busca por lo tanto, un “nivel de vida”, en el que puede conseguir y conservar estas cosas elementales pero precisas e indispensables para su bienestar, su felicidad y su seguridad.

Estas cosas, con los adelantos de la ciencia y de la tecnología, modernas –y con los seguros progreso que están haciendo y que harán las ciencias sociales- son ya posible que las pueda adquirir el ser humano sobre toda la faz de la tierra.

Así es que no me entiendas mal cuando te hablo de que la riqueza no es un valor importante. Pero entendida la riqueza como la “opulencia” que laman los angloamericanos: es decir, un exceso de cosas materiales, de “confort” material, de acumulación de dinero para comprar, consumir y derrochar cosas y servicios que no son las estrictamente indispensables. Esta riqueza así en exceso no es uno de los requisitos para la felicidad. Por el contrario, parece que el demasiado dinero es, en cierto sentido, un obstáculo a la felicidad verdadera. Tú sabes que he acuñado una palabra, el “mesoismo”, que significa “en el medio”, en promedio, y que creo se puede aplicar a muchas de las cosas de la vida. El “golden mean” que llaman los ingleses o el “promedio dorado”, de Virgilio. Hacia allá, hacia ese ideal del “promedio dorado”, es al que debe ir la civilización actual. No debemos aspirar a la gran opulencia Norteamericana. No ha sido buena ni siquiera para ellos y, obviamente, mucho menos para el mundo. Porque la han obtenido, en cierto modo, a costa del resto de la humanidad. No les ha traído felicidad. Hoover creyó que con dos carros en cada garaje iba a alcanzar para siempre la felicidad para sus compatriotas. Pero no fue así. Por el contrario: cada vez tiene más problemas y están metidos en más líos. Y es porque han puesto ese valor, el valor económico, el valor de las riquezas materiales, por encima de todos los demás. Y la vida les ha mostrado que están equivocados. Que hay valores morales y espirituales superiores a ése. Que

así como hay bienestar físico, hay también bienestar social, mental y espiritual. Creo que este último bienestar es el más importante y que no se adquiere, solamente, con la comodidades materiales, sino teniendo en cuenta otros valores superiores: como el valor de la convivencia entre los seres humanos; el valor de la paz; el valor de la colaboración y de la amistad entre los hombres; el valor de la justicia; el valor de la libertad, ciertamente; el valor de la propia decisión; el valor de la independencia de criterio; el valor de la satisfacción personal por haber podido realizar algo en beneficio de otros seres humanos. A estos valores humanos, ciertas “civilizaciones”, como la norteamericana actual, han tendido a dejarlos de lado. Los norteamericanos han estado dedicados primordialmente a adquirir cosas, poder, grandeza y opulencia por todos los medios. No han reflexionado en que ningún fin, ni aún el más alto y el más bueno, justifica medios malos, impropios e indebidos. Creo que no hay ningún fin, por bueno que sea, que justifique medios malos como la guerra, por ejemplo.

De allí que en esta “escala de valores” de la que estamos hablando, esté mucho más altamente colocado, obviamente, el valor bondad que todo otro valor. Creo que, por ejemplo, “la maldad” no es, en realidad, un valor, sino una falta de valor. Cuando no se tiene bondad se carece de valor y ese sentido de “carecer de valor”, debe ser lo que los católicos llaman infierno. Carecer de valor, no valer nada,

no hacer algo bueno, no servir para nada: esto es espantoso. Pero todo ser humano puede servir para algo. No hay ningún ser humano que carezca totalmente de valor, de algún valor. Si tiene un cerebro y un corazón, y un sentido de pertenecer a su especie, una especie que tanto bueno ha hecho, aunque ha hecho también tanto malo; si sabe que en cada ser humano hay la potencialidad de hacer algo bueno, no puede sentirse, no debe sentirse falto de valor es decir, malo. De allí la importancia de ayudar al que más está en un problema, en una necesidad, en un apuro. De ayudar al que más lo necesita, al más pobre, al más infeliz, al más desgraciado. Pero no de ayudarlo, simplemente, con un regalo material, aunque a veces éste puede ser lo más importante para él, sino en un sentido más amplio, para su felicidad o para su vida. Pero en nuestra actual sociedad, por ejemplo, el sólo hecho de suministrarle un trabajo remunerativo sería quitarle la sensación de “invalidez”, de poca o ninguna valía, de incapacidad, de impotencia, las que son amargas y penosas. La sensación de no valer para nada, de no servir para nada, de no poder hacer nada, es la más tremenda sensación que puede sentir un ser humano. Ayudarlo a salir de tal situación es un imperativo categórico para cualquier otro ser humano que no esté en estas circunstancias, y para la sociedad en general. Esto pudiera ser lo que llaman los católicos “caridad”. Que es dar más de lo que uno tiene, dar lo que uno necesita, dar sin medida y sin pensar en los bene-

ficios de retorno. Darse, en fin, a sí mismo. Aprender a querer, a amar, he aquí el valor principal que tiene la vida. No hay valor superior a éste. No hay valor superior al amor. Entregarse, darse, sacrificarse, consumirse, por aquellos ideales que se aman. No sacrificarse, ni darse, ni entregarse a las meras cosas. Dedicar las energías el entusiasmo y el cariño a las personas. He aquí el mayor valor que puede adquirir el ser humano. Un valor que lo acerca al concepto que tenemos de lo divino. Un valor que ha hecho que el verdadero cristianismo —tan escaso en la tierra, y principalmente tan escaso entre los católicos nuestros sea considerado como uno de los mayores logros del ser humano sobre la tierra. Cristo, y tantos otros después y antes de él, se han entregado del todo a los demás. Han adquirido el supremo valor, el valor del amor para todos. Muchos de nosotros estamos muy lejos de poder alcanzar tamaña altura. Pero podemos aspirar a servir, aunque no sea sino a un solo ser humano. Si cada ser humano pudiera dedicarse, siquiera, a hacer feliz a otro ser humano, toda la humanidad sería feliz.

Carta a un aspirante a matrimonio

Permíteme que te solicite que reflexiones, antes de casarte, si tienes o no la única condición que yo pediría para casarse: Que fueras un hombre “normal”. Sé que lo primero que me vas a preguntar es: “¿Qué es un hombre normal”? Y voy a tratar de contestártelo.

El concepto de “normalidad” es un concepto a la vez “estadístico y normativo”. Proviene, en primer lugar, de la observación empírica, objetiva y científicamente rigurosa, de lo que ocurre en un determinado fenómeno. Por ejemplo: el tamaño de las naranjas. No podríamos hablar de una naranja “normal” para todo el mundo. Pero en determinados lugares, de acuerdo con los climas y con las técnicas agrícolas, la gente del lugar considerará “normal” a una naranja promedio. Este concepto de “normalidad” será diferente en Valencia, España; en Miami, Florida; en California o en Jericó, Antioquia. Será de acuerdo con lo que la gente esté acostumbrada a tener como naranjas normales. La normalidad, por lo tanto, en relación con las cualidades o defectos

de las personas o de las cosas es un concepto cultural. De acuerdo con la cultura, es decir, las costumbres y valores, hábitos y experiencias de la gente —de una determinada región o de un determinado país— se tendrá el concepto de normalidad. Lo normal en California, ahora, es que una naranja sea muy dulce. Lo normal, en ciertas fincas de tierra fría de Jericó, Antioquia, Colombia, a donde todavía no han llegado ni la nueva tecnología agrícola, ni la selección de semillas, ni el tipo especial de naranjas dulces de otras regiones, es que una naranja sea más o menos ácida. Aunque la normalidad es en cierto sentido un concepto estadístico, tiene también un carácter que podríamos llamar normativo. Creo que todos los humanos estaríamos de acuerdo en que lo mejor sería que las naranjas fueran dulces. ¿Qué tan dulces? ¿Puede ser una naranja demasiado dulce? Creo que no. La más dulce de todas sería la mejor. Aunque la mayoría tengan una dulzura promedio, o, en ciertos lugares, una dulzura normal. Lo mismo en tamaño, en forma, aspecto y color. En cada uno de estos rasgos, se podría hallar el concepto de normalidad, de acuerdo al lugar y al tiempo en que estuviéramos hablando. Porque, naturalmente, ciertos conceptos de normalidad van variando con el tiempo. Es un concepto cambiante, variable, de acuerdo con las circunstancias y con las épocas. Dentro de ciertos límites, naturalmente. Porque si nos atenemos al concepto normativo, que pudiéramos llamar el concepto ético ideal, lo mejor sería, o

la normalidad deseable sería, el que las naranjas, la mayoría de las naranjas tuvieran la combinación de los caracteres que en el mundo han podido adquirir las mejores naranjas, con respecto a la dulzura, tamaño, forma, características especiales, tales como la ausencia de semillas, carácter de su cáscara, cantidad de jugo, etc.,etc..

Existe, pues, el concepto de naranja ideal, que no es igual al concepto de naranja normal, pero que se pueden combinar, para llevarlos al concepto de naranja posible.

Dentro de los actuales métodos y tecnologías, dentro de los actuales climas y de las diferentes ecologías que nos ofrecen la naturaleza y las técnicas humanas presentes ahora en el mundo, se puede aspirar a cultivar cierto tipo de naranja posible.

Naturalmente que cultivar naranjas y tener el concepto de normalidad en las naranjas, en mucho menos complicado y menos difícil que cultivar (educar) hombres, y tener el concepto de normalidad entre éstos. Pero voy a intentar definir la normalidad, aún en los actuales seres humanos, haciendo la combinación, estadística y normativa, que intentado hacer con las naranjas.

Un ser humano normal en nuestro medio actual, en nuestra actual cultura “medellinense”, no es, ciertamente, el hombre ideal. Pero tiene ciertas características de normalidad universal, que serían deseables para mí, en una persona que intenta casarse.

La primera y más importante cualidad que yo te pediría, antes de decidir tu matrimonio, sería que pudiéramos llamar “la normalidad sexual”. Pero, me dirás tú, ¿es que “eso” existe? Mi respuesta es que sí. Lo normal es, por ejemplo, que en materia sexuales, al hombre le guste la mujer y viceversa, que a la mujer le guste el hombre. Que en esto hay muchas variaciones y grados. De acuerdo. Pero tanto desde el punto de vista “estadístico” como desde el punto de vista “normativo”, la heterosexualidad es a la vez lo más común y lo más deseable. La primera condición para casarse, para que un matrimonio sea feliz, en nuestra cultura, es la heterosexualidad de los cónyuges. Creo que sobre esto no haya ninguna discusión. Si cualquiera de los aspirantes a cónyuges es homosexual no se debe hacer el matrimonio. Y quiero que sepas muy claramente, que no considero a la homosexualidad como un pecado o como un delito. Es, simplemente, una característica “anormal” de algunos seres humanos, que no juzgaría en este momento ni como “buena” o “mala”, pues eso depende del punto de vista desde el cual se le considere. Una naranja sin semillas, por ejemplo, sería “anormal y mala” para la reproducción, en donde la tecnología no hubiera avanzado lo suficiente para que los árboles de naranjo se reprodujeran con la técnica de los injertos. Pero en la época actual, las naranjas sin semillas son las mejores. Por lo menos para comer, no para que se reproduzcan. Esa característica la hace más fácil de consumir

y más agradable para el hombre, que es quien en último término, está juzgando y determinando las características de bondad o de maldad de una cosa; en este caso de un fruto determinado, la naranja.

Pero en el momento actual, y hablando de matrimonio, dos personas que vayan a casarse, deben ser heterosexuales. Es más “probable” —aunque existen casos excepcionales de matrimonios “felices”, con uno de los cónyuges homosexual— que la felicidad sea más fácilmente alcanzable cuando los dos cónyuges son heterosexuales.

Pero ya te oigo preguntándome: ¿Qué es la felicidad? ¿Es qué la felicidad existe? Te contestaría que sí. Que la felicidad existe. No la felicidad eterna, absoluta, inmutable, permanente. Pero sí hay felicidad. Hay felicidad en este mundo. El mismo hecho que esta palabra existe en todos los idiomas modernos, prueba que la felicidad es un hecho real. Así como existen la infelicidad y la tristeza, el dolor y la muerte, existen también la felicidad y la alegría, el placer y la vida. Y hay condiciones y circunstancias y “ecologías” que conducen más hacia la felicidad que otras. Por ejemplo, la ecología de las islas del Pacífico Sur, su ecología climática, por lo menos, parece conducir más hacia la felicidad, que la ecología de las estepas siberianas. Dentro de estos dos extremos, hay todas las gradaciones posibles. Hay también una ecología social, una ecología cultural, una ecología económica, más conducentes hacia la felicidad que otras

ecologías. Y fenómenos biológicos, físicos y naturales, más conducentes a la felicidad que otros. Es indudable que un dolor —que todos los humanos han experimentado—pero que teóricamente podría evitarse, es menos deseable que la falta de dolor. Podemos ponernos de acuerdo en estas cosas simples y sencillas: es más conducente a la felicidad la salud que la enfermedad; más la belleza —hasta ciertos límites— que la fealdad; conduce más hacia la felicidad la bondad que la maldad. Cada una de estas cosas necesitaría definiciones y largas discusiones. Todos estos problemas generales y universales, pero también particulares, irán saliendo a la luz, tal como los veo y los concibo, posteriormente.

El matrimonio, es decir, la unión de un hombre y una mujer para formar una familia, es una cosa muy seria prácticamente en todas las culturas. No se debe abordar como cosa pasajera o de menor monta. Debe ser un paso meditado, pesado, valorado, porque en ese momento se están jugando dos personas y sus futuros hijos —y muchas veces las futuras generaciones— su felicidad. Debe hacerse lo posible porque sea lo más conducente que se pueda hacia la felicidad. A la felicidad de dos seres humanos y de los otros que van a traer al mundo, —en un acto de conciencia y de responsabilidad que debe tomarse muy en serio—. Me doy muy buena cuenta de que a veces no es uno el que decide, sino las circunstancias. Hablaba en mi primera carta sobre lo que significa el azar. Quisiera complementar este concep-

to con el concepto “epidemiológico” de cómo una serie de circunstancias se unen, a veces de la manera más inesperada, para producir determinados resultados, en un conjunto humano o en una persona. Hay combinaciones de circunstancias que producen los más bizarros resultados. Pero el ser humano sabe ya que hay circunstancias favorables y circunstancias desfavorables y debe buscar aquellas y evitar éstas. Es indudable que no siempre todo le saldrá como ha previsto. Pero tenemos el sentido de la previsión y e la planificación del futuro. La historia, la literatura, el folklore, la religiones, hasta ahora -y cada vez más las ciencias sociales del futuro- nos han enseñado y nos siguen enseñando, cuáles son las circunstancias y características que deberíamos buscar, para alcanzar cierto grado posible de felicidad. El no usar nuestra cabeza, nuestros razonamientos y nuestros conocimientos para este fin tan importantes, como es el de alcanzar y conservar, hasta donde nos sea posible, la felicidad, sería una tontería en los tiempos actuales y en las actuales circunstancias. Se que hay circunstancias favorables para que con el matrimonio el amor puede aumentarse y pueda conservarse. No creo que en esta época se deba casar la gente demasiado joven. Cierta relativa madurez es necesaria para el matrimonio y ésta no se alcanza, normalmente, sino cuando pasa la juventud. Hay que dejar que pasen los veinte años sin alcanzar los treinta.

CAPÍTULO IV

Carta a mi esposa

Hoy quiero escribirte sobre el Asia, sobre el tema del desarrollo de los países tropicales del mundo, y un poco también, sobre tí mismo.

Sobre el futuro del mundo, el futuro de los países que hoy llamamos subdesarrollados y sobre lo que podemos hacer los hombres porque la condición de tantos millones de gente mejore.

Empecé a leer el libro de Gunnar Myrdal, “El Drama del Asia”, cuyo tema es “la pobreza de la naciones”. Un tema que me ha inquietado siempre de una manera profunda. Me alegré que un economista de las grandes calidades de Myrdal haya escogido un enfoque que es más sociológico y antropológico que puramente económico, sobre el tema del desarrollo. Me parece que el tono general del libro es un poco pesimista para el inmediato futuro, pero no descarta, naturalmente, una mejoría, para más tarde. Esta Asia tropical es una tierra fascinante. Lo que la historia ha hecho aquí es poco conocido por el mundo occidental en general. Mu-

cho menos por nosotros los latinoamericanos. ¡Qué grandes ignorantes somos de nuestros hermanos en desgracia!

Su historia empezó por la China, país cuyo nombre significa Centro del Mundo. Y en realidad sus condiciones, mil años antes de Cristo, hacía que sus habitantes lo consideraran así, con razón. Y siendo China la nación más poderosa, sus pueblos vecinos tenían que rendirle tributo al Emperador del País Central. Así llegó Marco Polo y se fue fascinado por sus experiencias y por lo que vio y encontró, en lo que ya en Europa se llamaba “el Oriente”. Y mucho más tarde, los marineros portugueses y franceses, con una mejor tecnología, establecieron en Goa, en Macao y en Manila, sus primeros “puestos de comercio”, Y después vinieron los británicos, los holandeses y los alemanes, y ahora los norteamericanos y en un futuro, seguramente, los japoneses, a imponer por la fuerza su colonialismo, su explotación, su estilo de vida y su cultura. Los malayos, los polinesios, los hindúes, los melanesios, y aún los chinos, tuvieron que rendirse a la fuerza de las armas. Y después de guerras, cambios, conquistas y últimamente independencia, la pregunta es: ¿Qué va a pasar con esta “occidentalización” del Oriente? .

Es obvio que aquí no pueden hacerse generalizaciones. Cada país está adquiriendo su propia fisonomía, y hay uno, como Thailandia, el Antiguo Siam, que nunca fue formalmente dominado; pero que es ahora uno de los más influidos por el poderío yanqui. Están las enormes China, India e

Indonesia, al lado de las pequeñísimas islas independientes del Pacífico Sur. Pero todos —con excepción del Japón— tienen todavía algo en común: el sub-desarrollo.

¿En qué forma van a salir de este estado de pobreza? ¿Y hacia dónde?

La tendencia, tal como en Latinoamérica, como en África, como en todo el cinturón tropical de la tierra, es aceptar el modelo de desarrollo occidental como el ideal. Pero creo que en ésto es en donde vamos a tener que detenernos a pensar. ¿Será posible, o siquiera conveniente, dentro de nuestra ecología, aceptar ese modelo? .

Ya hay suficiente gente sabia y buena dentro de estos países tropicales, para que se piense seriamente en modelos más adaptables a nuestras circunstancias. Son muy evidentes los males del “superdesarrollo” para que lo adoptemos como nuestro modelo. Pero también es muy claro que la ciencia y la tecnología occidentales, cuando son bien aplicadas, como por ejemplo, a la salud y al bienestar de las personas, son superiores y mejores a cualquier cosa que se haya alcanzado en civilizaciones anteriores. Las técnicas de prevención y curación de enfermedades, de saneamiento del medio, de mejora en las viviendas, de adelantos agrícolas y sociales —entre estos últimos, sobretudo, la división mejor de la tierra, para impulsar familias de granjeros con alta productividad— son técnicas y mejoras sociales que debemos adoptar y adaptar. ¿Pero la industrialización a toda costa, no

importe lo que pase en el medio ambiente, el intenso trabajo, la alta especialización, la conquista por la guerra de otros pueblos, es decir, el modelo completo del “superdesarrollo”, ¿sí será conveniente para los países tropicales?

Por lo que he visto aquí y en otras partes del mundo, creo que no. Va a ser necesario un re-pensar muy profundo sobre lo que queremos, para que podamos elaborar, nosotros mismos, un modelo, al cual podamos aspirar. Que va a tener que ser un modelo distinto del típico modelo occidental, al cual se llegó en países de la zona templada de la tierra. Y no es que yo sea un destinista geográfico. Pero sí creo que lo primero que tenemos que tener en cuenta es la geografía, además de todas las demás circunstancias climáticas, sociales, antropológicas y económicas, que han condicionado el modo de ser de la gente y en muchos casos, su propia historia. Ya hemos tenido suficientes influencias —buenas y malas— de occidente, como para que podamos escoger con cuales nos quedamos y cuales abandonamos. En nuestras propias culturas nativas tenemos también muchas cualidades y muchos defectos. No todo lo nuestro es malo, ni todo lo de ellos es bueno, ni viceversa. El mundo, con las nuevas comunicaciones y la mayor comprensión de las diversas culturas, debería llegar a un acuerdo acerca de cuál pudiera ser el modelo para una vida mejor y más justa. Y a ello llegaremos, no importa que tengamos que sufrir antes muchas más guerras, revoluciones y conflictos. Si en el

mundo influyeran decisivamente hombres sabios y buenos que lo comprendan, podríamos aspirar y podríamos llegar a conformar un mundo mejor.

Tú has sido parte de esta inspiración y de estas ideas. Con tu inmenso amor y cariño, con tu paciencia y perseverancia, con tu trabajo y tu esfuerzo, me has mostrado lo que puede ser una familia feliz y me has dado apoyo moral y material. Me has querido, sin pedir nada en retorno; les has enseñado a mis hijos que me quieran. Si no fuera por mí mismo, la vida para mí, contigo, hubiera sido maravillosa. Pero mis condiciones psicológicas me han llevado de una parte a otra y no me han permitido un completo reposo. Y no creo que me lo permitieran nunca. Al no haber alcanzado yo mismo la felicidad completa, comprendo a los millones de seres humanos que tampoco la han alcanzado. Por eso me compadezco, me preocupo y trabajo por ellos. Tú y la familia me han dejado —es más— me han alentado, a que siga haciéndolo.

Pero no quiero ser trascendental, en el sentido peculiar del término. Soy demasiado humano para caer en la estupidez del frío y calculado intelectualismo. Sin ser ni un escritor, ni un científico, ni un literato, ni un poeta, soy un hombre que siente y que tiene interés y necesidad de expresar sus ideas. Soy un hombre; que busca. Tú me has entendido: me has ayudado; me has apoyado. Me has dado tu amor y tu cariño. Sin tí, nada sería. Eso tú y mis hijos lo saben muy

bien. Lo que haya podido hacer por lo demás, se lo debo a ustedes. Ojalá que mis esfuerzos fructifiquen algún día, para que, con la ayuda de tantos que piensan como yo, el mudo llegue a ser, más tarde, mucho mejor.

CAPÍTULO V

Carta a un artista

No creo que ni mi educación, ni mi sensibilidad, me hayan permitido admirar, como se debe, la belleza. Antioquia está apenas ahora despertando de ese oscurantismo tradicional, que nos hacía tenerle miedo al gozo, al placer, al cuerpo humano, a la belleza. Son por eso admirables las hazañas individuales de los poetas antioqueños, de sobreponerse a un medio hostil y crear belleza. Admiro a los artistas. Los admiro con aquella admiración que producen las personas a quienes uno no puede alcanzar. Gozo profundamente oyendo a mi hija Marta Cecilia cantar y recitar las poesías de Carlos Castro Saavedra. La vida sería mucho más hermosa cuando todos los padres de la tierra pudiéramos enseñarles a nuestros hijos cómo apreciar la belleza. Este es uno de los objetivos que se propone la educación primaria chilena, desde Gabriela Mistral. Si ha sido pasible allí que consigan ésto no lo sé. Pero si los padres no pueden hacerlo, debería ser un objetivo del Estado, de la educación del Estado. Apreciar y admirar la belleza, gozar con la belleza, y mucho

más: poder crear belleza, es una de las grandes cosas con que cuentan algunos seres humanos.

Mientras haya más seres humanos que puedan hacer ésto, mejor será el mundo. He visto en el Asia un lugar en donde todo el mundo está creando belleza: es la isla de Bali, en Indonesia. Una antiquísima cultura hindú —que parece haberse quedado allí congelada, por siglos, con sus habilidades naturales y adquiridas— ha hecho que allí todos los habitantes estén siempre ocupados pintando, esculpiendo, transformando la naturaleza, en objetos y artículos de arte, algunos de los cuales son verdaderas maravillas. También hay bailarinas y bailarines, que con una música que a los occidentales nos parece monótona, crean también movimientos y un espectáculo que recrea la vista y hace más placenteras sus largas noches calurosas. La despiadada ocupación japonesa de la isla, el turismo norteamericano y el ultra nacionalismo indonesio, con su énfasis político, han destruido mucho de la antigua belleza y armonía del arte de Bali. Pero todavía conserva un pueblo prácticamente todo dedicado al arte y la cultura. Sin embargo, son muy pobres. Y se ha dicho que precisamente es su gran pobreza lo que los obliga a gastar tanto tiempo esculpiendo figuras de maravilla en un trozo de marfil o aún en un hueso cualquiera, o en la corteza de un coco.

También pintan con toda clase de materiales sobre lienzos primitivos. No podría decirlo científicamente —no sé si

se haya tratado alguna vez de medir la felicidad— pero me parece que este pueblo de Balí es más feliz que la mayoría de los otros pueblos de la tierra. Los comparo con los campesinos antioqueños: austeros, simples, melancólicos, tristes. Es verdad que algunas campesinas gozan con la belleza de sus flores en los corredores de sus pequeñas casas. Mi abuela, a veces, parecía estar complacida de la belleza de sus flores. Y cantaba un poco. O gozaba, discretamente, con algunas canciones en la radio. ¡Pero es tan poco el folklore, la creatividad, el gozo de la vida, de los campesinos antioqueños! Nos educaron con el horror al pecado, a lo mundano, a los gozos simples de la naturaleza y del espíritu. Las monjas y los frailes católicos, de una edad media española que nunca tuvo su Renacimiento, fueron los que crearon la cultura latinoamericana, de la cual nosotros somos sus descendientes. Sé muy poco de los indígenas. No sé qué manifestaciones de alegría y de arte pudieran haber tenido. Apenas sé que los quimbayas esculpían bellas ánforas y las pintaban con enorme gracia. Los aztecas y los mayas eran también buenos escultores. Pero sé muy poco de sus costumbres, de su manera de ser, de su folklore. Los españoles destruyeron despiadadamente todas esas culturas y las reemplazaron, a la fuerza, por la cultura medieval, vestida de negro, enemiga de la luz, de la limpieza y del baño, acompañada con profundos cantos místicos, en iglesias oscuras e imbuidas todas con el miedo al pecado y al infierno. Y con el enorme terror a un

Dios cruel y castigador, que no permitía el placer ni el gozo de la vida.

En estas circunstancias, no sé como apareciste, tú, poeta, aunque pensándolo bien, tampoco es que seas muy alegre. Has producido belleza, es verdad, pero está cargada de hondos sentimientos pesarosos. Apenas Barba Jacob se atrevió un poco, al final, a cantar a la vida. Acuarimántima. Pero hay un miedo tremendo de los antioqueños a gozar. Por eso nos han superado los artistas costeños. En la Costa, por fuerza del clima y de las circunstancias, han logrado producir música, literatura y poesía, mucho más hermosas que las producidas en las montañas interiores de Colombia. Quien haya dicho que el clima no influye en la cultura de los pueblos, es porque no ha recorrido el mundo. Y no es que sea el factor condicionante único o principal; pero es uno de los factores condicionantes. Cuando te liberas de la tristeza tradicional y de la horrible seriedad de nuestra cultura, haces chistes alegres, tienes buen humor. Tienes a veces que recurrir al alcohol, para liberarte de nuestra pesada herencia cultural. Por eso no me extraña que otros poetas antioqueños hayan tenido que recurrir a las drogas y a las alucinaciones, para liberarse también. Tenemos una ominosa herencia de siglos que pesa sobre nuestros hombros, y nos deja gozar muy poco del maravilloso espectáculo de la vida.

Afortunadamente parece haber un cambio, aún en la Iglesia Católica, la principal responsable de nuestra tristeza.

Recuerdo cuando vi en los Estados Unidos la primera monja sonriéndose, con unos dientes hermosos y una bellísima cara. No quería creer lo que estaban viendo mis ojos. Estaba acostumbrado sólo a curas y monjas, viejos, feos y regañones. Pero ya se habla de que el sexo no es tan malo como antes nos decían. Y de que no nos vamos a condenar, por gozar un poco. Espero que las comunicaciones modernas y las ventanas y puertas que por millares tenemos que abrir al mundo, entren más luz a Antioquia, den más libertad a nuestros espíritus, produzcan gente más libre, más abierta, más capacitada para gozar, que las que componen nuestra generación.

No sé como serán tus hijos; si son menos taciturnos que tú, menos austeros, más capaces de gozar de la vida. Si ésto es así, estaremos progresando. Deberíamos haberles enseñado a nuestros hijos a apreciar la belleza. No sé si nuestro subconsciente austero y taciturno, demasiado temeroso del pecado, no nos ha permitido hacerlo. Yo tengo la fortuna de tener una suegra, que a pesar de la tremenda herencia española y religiosa, es alegre como una castañuela. Y ésto ha salvado a algunas de mis hijas. Yo también he pretendido, tímidamente, que mis hijos no le tengan miedo ni asco a su propio cuerpo, Como nos enseñaron a nosotros a tenerle. Pero en esta época del jabón, del agua abundante en las casas, de los desodorantes y de los perfumes, la juventud está aprendiendo a ser mejor y a gozar más. Si logramos que

el mundo tenga más agua, más limpieza, más jabón, más baños, menos temores, tendremos un mundo mejor. Y no es que ésto sea lo más importante. Pero también es importante. En los Estados Unidos, en donde las normas de limpieza en general son mejores, se puede ver cuan ventajoso es este aspecto, aparentemente menor, de la cultura. Y al pié de los grandes ríos, y en las costas tropicales, y sobretodo en islas, como en las islas del Sur del Pacífico, la limpieza y el gozo de la vida van juntos. Cantemos al amor, a la limpieza, a la vida, a la belleza, al arte, al espíritu humano, al cuerpo humano, al gozo y a la alegría de ser sanos y hermosos. Y que no nos digan —todavía— que todo ésto es pecado y que es paganismo. Walt Whitman. He aquí al poeta al que debería cantar nuestra juventud. “Hojas de yerba” debería aprenderse de memoria en todas nuestras escuelas. Pero se aprenden a “Garrick” y al “Brindis del Bohemio”. Yo los he oído recitar en “veladas culturales” de los barrios de Medellín. ¿Cómo hacemos —poeta— para que ésto cambie? Tal vez cuando tú seas secretario de educación de algún gobierno progresista, algo de ésto se puede hacer en beneficio del pueblo colombiano. Pero no. Tenemos a Octavio Arizmendi y al Opus Dei. Que le tienen miedo al gozo y a la vida. Y antes tuvimos a López de Mesa, un monje austero. ¡Y cómo bregó Fernando González por que las cosas fueran distintas! Pero puede que ahora haya mejor ambiente. Puede que ahora entendamos mejor al filósofo del “Remordimiento” y

del “Hermafrodita Dormido” Recuerdo cómo mi mamá me escondía los libros de Fernando González, para que no los leyera. Creía que eran corruptores. Salgamos, poeta, a rescatar la juventud de Antioquia de su trágico pasado. Sigue dándole más y más material para que aprecie que vivir es bueno y que vivir es hermoso. Sigue infundiéndole el amor a la vida y a la belleza, que tanto va a necesitar para construir un mundo mejor del que nosotros hemos sido capaces de construir.

CAPÍTULO VI

Carta a un discípulo

Hace quince años estoy tratando de enseñar. Creo que he enseñado muy poco, aunque creo que una cosa sí he logrado: Hacer pensar libremente. ¿Es esto bueno o malo? Yo creo que bueno. El pensamiento libre —fuera de ser una gran satisfacción personal— es lo que ha permitido que la humanidad haya adelantado. El pensamiento libre nos permite crear mejores esquemas y aspirar a cosas mejores. Es difícil enseñar cuando no se quiere imponer un pensamiento, sino estimular el pensamiento ajeno, libremente. La gente se siente insegura cuando no le dicen lo que debe creer. Y ese sentimiento de inseguridad lo refleja a veces en contra del maestro que no le da una directiva clara. Debe ser esa una de las causas —por lo menos así me gustaría a mí considerarla— por lo que tantos discípulos se han vuelto en contra mía. Los más caracterizados de mis “discípulos” han sido más bien mis enemigos que mis amigos. Alguna vez dije que yo no había creado una escuela sino una “anti-escuela”. Y esa es una situación peculiar que no he visto descrita en

ninguna parte. Los maestros que perduran, por su puesto, son los que crean su escuela, su capilla, su círculo, su imperio, su iglesia. Pero muchas veces me he puesto a pensar que no envidio a esos maestros; ni aún a los grandes. Maestros de la historia de la Humanidad. Es verdad que han creado seguidores por millares, por millones. ¿Pero qué han hecho sus seguidores con sus ideas? Creo que, en general, las han desvirtuado. Han creado capillas, círculos, iglesias, religiones, aún naciones, que en nombre de los más altos ideales, se han dedicado a matar, a conquistar, a perseguir, a adquirir prestigio personal, gloria y poder, para ellos y sus seguidores, siempre en nombre del “maestro”, o de la religión o del movimiento nacional o político que dicen seguir. ¿Qué han hecho el Cristianismo y el Islam? ¿Qué está haciendo ahora el comunismo? ¿Qué han hecho, aún los que hablan de la libertad y de la propia determinación de las naciones? Han hecho guerras, dizque para defender esos principios de paz y de tolerancia. Tal vez Confucio y Buda, en el Oriente, han sido más afortunados. Sé muy poco de estos dos maestros. Pero me parece que Confucio creó una sociedad muy pasiva. Demasiado aceptadora de la ley y del orden, y demasiado resignada. De Buda, sé mucho más poco todavía. Pero por lo que he oído, parece que sus enseñanzas fueron más bien de tipo ético, de una maravillosa ética universal que ha perdurado, a través del tiempo y de los conflictos, en muchas partes del Asia. Sus enseñanzas, según entiendo, se refieren

sobretudo al equilibrio. A hallar el equilibrio en todo. Es una enseñanza de flexibilidad, de acoplamiento, de tolerancia. Y este tipo de enseñanza parece ser eficaz, por lo menos para la felicidad de las personas. Me contaban que los monjes budistas, por ejemplo, en Camboya y Laos, hacen de su función el mejor servicio a la comunidad, y aceptan nuevas cosas, como por ejemplo las prácticas modernas de salud, con gran alegría, porque benefician a sus comunidades. Los budistas —que yo sepa— nunca han salido a hacer la guerra para imponer sus ideas. Se han dedicado a enseñar con el ejemplo, de manera que su vida ejemplar sirva de modelo a los demás. En esa forma su influencia ha sido permanente y estable en muchas sociedades.

Pero no estamos hablando de maestros de religión, sino de cosas más terrenas, como la salud pública. Es increíble lo que he cambiado, en estos veinte años, en que he estado practicando esta nueva profesión, acerca del concepto mismo de salud pública. Al principio era un fanático de la salud pública. Me había propuesto difundirla e imponerla a donde quiera que fuera. Para mí era como un nuevo evangelio, como una nueva forma de vida, como una misión que me había impuesto y que debería cumplir, pasara lo que pasara. A través del tiempo y de las experiencias fui cambiando de idea. En un momento llegué a creer que la salud pública no servía, para nada, o peor aún, que era perjudicial para la humanidad. Pensé que la economía, la sociología o la política,

eran los verdaderos instrumentos para hacer felices a los hombres. Me desengañé de la salud pública, como me había desengañado antes de la medicina, cuando a ésta la dejé por la salud pública. Pero últimamente estoy llegando —creo— al punto de equilibrio, aquel que los budistas reclaman para todo. En esta materia —mi profesión— también se necesita buscar el equilibrio. Es evidente que la salud —la mera ausencia de enfermedad— es un gran bien en sí mismo para cualquier individuo. Todo lo que hagamos para que una persona tenga salud, es bueno para esa persona. Pero cuando consideramos las cosas colectivamente, ¿en qué medida se debe buscar la salud de todos, y a qué costo? ¿Hay otras cosas más importantes que la ausencia de enfermedad? Evidentemente que sí. El “completo bienestar físico, mental y social” de que habla la Constitución de la Organización Mundial de la Salud, como la definición, de salud, es el ideal al cual queremos que lleguen todos los seres humanos. Pero a ese bienestar se llega por muchos otros caminos, y por muchas otras vías, fuera de la salud pública. Muchas otras condiciones, fuera de la mera ausencia de enfermedad, son necesarias, también, para adquirir el bienestar. En todas las culturas, el trabajo adecuado a las circunstancias ya la personalidad de cada cual; los sentimientos de los demás hacia uno mismo; la vida familiar, el amor, la religión, la seguridad económica y social, son tan importantes como la salud.

Por eso el celo desmedido por hacer sanos a todos, o

por erradicar una enfermedad de determinado lugar, no ha hecho, necesariamente, más felices a las personas en ese lugar. A veces esas acciones unilaterales han traído problemas peores. Como todas las acciones unilaterales en cualquier sentido. Los fanáticos de la alimentación también creen que con darle comida a todos, estarán así más felices. Y los fanáticos de la religión, lo mismo. Y los fanáticos de la educación, de la misma manera. Y así los fanáticos de la vivienda, del vestido, de la recreación, del deporte, de la salud mental, de la economía. Muchos creen que el dinero es la respuesta a todos los problemas. Pero estos “fanatismos” unilaterales —aún por cosas en sí mismo buenas— no han traído sino más dolores y más problemas a la humanidad. Alcanzar la sabiduría es llegar a encontrar el equilibrio entre tantos llamados o vocaciones. El ser humano es un ser muy complejo. No lo podemos mirar desde un solo ángulo. Debemos tratar de comprenderlo, íntegramente, y así deberíamos mirar a la sociedad y a las culturas. De allí la sabiduría de los antropólogos, los científicos sociales modernos que más promesa pudieran hacer concebir a la humanidad. Ellos toman el punto de vista de la integridad de las culturas y la línea ética del gran respeto por todas ellas. Porque todos los elementos de la cultura de un pueblo son muy imbricados entre sí, y tratar de modificar uno, sin modificar los demás, es imposible, y muchas veces —aunque parezca conveniente— puede ser perjudicial. ¡Con qué gran respeto se

debe mirar a cada persona, a cada comunidad, a cada sociedad, a cada nación! ¡Con qué gran cuidado nos deberíamos abstener de dar consejos para cambios que creemos buenos, en sentimientos, acciones y conceptos! ¡Con qué humildad deberíamos exponer lo que consideramos nuestros valores! Poniendo siempre de presente, desde el principio, que podemos estar equivocados; y que la libertad de escoger debe quedar en manos de cada individuo y de cada sociedad. Qué tremendos errores cometidos por quienes hemos tratado de enseñar y de convencer, de que hay cosas buenas en sí mismas, que deben seguirse. Lo que es bueno para uno puede ser malo para otro. Con razón dice la religión católica que de buenas intenciones está lleno el infierno. Mis discípulos de hace quince años es posible que no me reconozcan hoy. Pues aunque siempre traté de enseñar en forma indirecta, era obvio que había cosas en las que creía con firmeza profunda, como la primacía de la salud pública en toda sociedad, por ejemplo, lo cual creo que infundí en muchos de ellos. ¡En qué diferente forma enseñaría hoy en día! Debería haber una ley que prohibiera enseñar, antes de que se adquiriera la sabiduría. Los maestros, los “gurú” de la India, deben ser, o precozmente maduros, o ya viejos sabios. Porque la vida enseña a quien quiera aprender de ella, y a quien se deje guiar por ella. Los jóvenes maestros y profesores que quisimos imponer nuestras ideas demasiado prematuramente, cometimos demasiados errores. Por eso veo con horror

que mis discípulos están cometiendo los mismos errores que cometí en mi juventud. Están predicando e imponiendo, a otros más jóvenes y más inmaduros que ellos, que la salud pública debe ser su única preocupación, haciéndolos olvidar de todo lo demás. Sólo cuando se puedan abarcar todas las cosas, se debería permitir que se enseñara una. Sólo a los humildes de corazón se les debería permitir enseñar. Sólo a los que sepan que nada saben. Cuando a Sócrates se le dio a beber la cicuta, probablemente los atenienses tenían razón. No por lo que enseñó en su ancianidad, o por lo que creía cuando ya había alcanzado la sabiduría, sino por lo que enseñó antes, en sus años mozos. Qué gran cantidad de equivocaciones las que cometemos los que hemos pretendido enseñar, sin haber alcanzado todavía la madurez de espíritu y la tranquilidad de juicio que las experiencias y los mayores conocimientos van dando al final de la vida. Cuando la profesión del maestro, que debería incluir solamente a antropólogos, científicos, sabios y hombres buenos, sea la más alta, más respetada y mejor escrutinizada profesión de la tierra, esta civilización y estas sociedades occidentales habrán alcanzado la sabiduría y la maduración, que algunas sociedades orientales alcanzaron. Los movimientos estudiantiles de los países occidentales, que pretenden aprender más del oriente, creo que van en dirección correcta. No es que tengamos que volver al fatalismo, al atraso, a la miseria, a la superstición y a la magia. Por el contrario, debemos buscar

por modernos caminos la sabiduría y la bondad. Podemos y debemos utilizar las nuevas: herramientas de la humanidad, la técnica y la ciencia, pero debemos utilizarlas con cuidado, con humildad, con responsabilidad y con un gran conocimiento del inmenso peligro que representa usarlas indiscriminadamente y a toda costa, aún con las mejores intenciones. La ciencia y la técnica son caminos, seguramente, más adecuados para alcanzar la felicidad terrena que la misma religión. Las religiones— las grandes religiones— llegaron a la conclusión de que la felicidad terrena era imposible, y que, por lo tanto, había que alcanzar la felicidad, en “la otra vida” Las ciencias físicas, psicológicas y sociales, la antropología, por encima de todas, parecen legar a la conclusión de que la felicidad es posible, dentro de ciertos límites. Yo lo creo así. No estoy predicando el regreso indiscriminado hacia lo antiguo. Por el contrario, estoy tratando de aprender lo que lo moderno nos ha enseñado. Pero los técnicos y los científicos son a veces también fanáticos —como los antiguos y aún actuales fanáticos religiosos y políticos que tampoco han alcanzado la sabiduría. El mero conocimiento no es sabiduría. La sabiduría sola tampoco basta. Son necesarios, la sabiduría y la bondad para enseñar y gobernar a los hombres. Aunque podríamos decir que todo hombre sabio, si verdaderamente lo es, tiene también que ser bueno. Porque la sabiduría y la bondad son dos cosas íntimamente entremezcladas. Lo que deberíamos hacer los que fuimos

alguna vez maestros sin antes ser sabios, es pedirles humildemente perdón a nuestros discípulos, por el mal que les hicimos.

CAPÍTULO VII

Carta a un amigo

He tenido apenas, como parece ser cierto para todos los hombres, pocos amigos. ¿Qué es la amistad? ¿Existe verdaderamente la amistad? He oído muchas veces repetir estas preguntas pero no sé que contestación tengan. Creo que la amistad es el placer que existe de compartir con alguien alguna cosa: una idea, una fruta, una botella de vino, un pensamiento. Somos amigos de los que están alrededor nuestro, porque nos ayudan a compartir la vida. Somos amigos de nuestras esposas, porque nos ayudan a compartir la responsabilidad del hogar. Somos amigos de nuestros compañeros de oficina, de nuestras secretarias, porque nos ayudan a una tarea común. Somos amigos de nuestros compañeros políticos porque nos ayudan o les ayudamos a triunfar.

Pero, ¿seremos capaces de ser amigos de alguien, para todo? Depende de las circunstancias. Creo tener amigos a los que puedo confiarles todo, como tú.

Tú me conoces tal como soy, sin la máscara que los griegos llamaban “persona” y de ahí la palabra “personal-

dad”. Todos nos ponemos una máscara. Y ni siquiera una. Varias. De acuerdo a las otras “máscaras” que conocemos y a las circunstancias en que las conocemos. No he conocido a nadie que sea siempre el mismo para todos, en todo lugar y circunstancias. Cambiamos, según con el que estemos. O pretendemos cambiar, por lo menos. Dicen que a nosotros, en ciertos aspectos, nos conocen mucho mejor de lo que nosotros mismos nos conocemos. Y es porque, tal vez, queremos escondernos demasiado, detrás de nuestra máscara, sin lograrlo. Recientemente conocí un proverbio chino que dice: “El peor juez de tí mismo eres tú mismo”. Y es probable que ésto sea así. Por eso es tan satisfactorio y agradable poder estar con una persona que sabe exactamente quién es uno, totalmente, sin afeites, ni mentiras, ni engaños. Eso es lo que es un amigo. Y los neurópatas buscan a los psiquiatras para que los conozcan como son. Y los que, pretendemos escribir, escribimos, para que nos vean como somos. Por eso Rousseau causó impacto en la humanidad. Porque se describió a sí mismo tal como era. Y ganó amigos por no simular que era diferente. Cervantes, escribiendo a don Quijote, según parece, se retrató a sí mismo. Por eso es tan maravillosa la obra musical americana: “El hombre de la Mancha”. No sólo por su extraordinaria música, sino por esa mezcla que hacen de Quijote y Cervantes. Y por eso la complicada y tremenda personalidad de Shakespeare pudo retratarse en tantos caracteres de sus obras, ¡Cómo son de

complicados los literatos!

Ser amigo es entregarse totalmente al otro amigo. ¿Pero cómo sabe uno que en esta entrega existe la total reciprocidad? He aquí por qué para tener amigos hay que tener, primero que todo, completa confianza en ellos. Cuando uno deposita su entera confianza espera que ellos también lo hagan con uno mismo. Y a veces se equivoca. Por eso los peores enemigos son los que uno ha creído sus mejores amigos.

¿Qué es la amistad, entonces? La amistad, es perogrullesco decirlo, es lograr la coincidencia de dos amigos. Como quien dice: Cuando uno es amigo del otro y el otro es amigo de uno. ¿Fácil? Lo más difícil de la tierra. Pero posible. Creo que tú y yo somos amigos. Y que esa amistad produce lo único que debe producir la amistad: Sensación de tranquilidad y de paz entre dos personas. Ninguno de los dos espera nada del otro. Los dos saben que le ayudarán al otro, en casi cualquier circunstancia.

Así es la amistad. Dependiendo de su intensidad, se estará dispuesto, inclusive, a sacrificar muchas cosas. Cuando la amistad llega a un grado en que uno mismo está dispuesto a sacrificarse totalmente, incluyendo su vida, por el amigo, ésto ya deja de ser amistad. Es amor. Pero el amor es otra cosa. La amistad no llega a tanto. Se pueden hacer algunos sacrificios. Se hacen, en realidad. Pero no el supremo sacrificio de la vida, el cual se hace sólo por amor. Por eso, aunque cínica, es verdadera la frase de que uno lleva los amigos

hasta el cementerio pero no se entierra con ellos.

Conozco también mucha gente que no tiene, que no puede tener amigos. Son tan desgraciados como los que no pueden amar. Porque el supremo egoísmo es el no poder amar. Y en ésto, como en todos los estados psicológicos, hay gradaciones. Desde el que no puede ni siquiera querer un poco a su prójimo, hasta a aquel que quiere, muchísimo, a todos sus prójimos. Cristo, Camilo Torres y el Che Guevara, por ejemplo, y tantos otros que han muerto por su patria, por su religión o por su causa, han querido tanto, en forma impersonal, a tanta gente, porque —y allí los dos extremos se tocan se querían tanto a ellos mismos, que querían que todos los quisieran. Eran capaces de querer hasta el exceso, a ellos mismos y a los demás. O tal vez, despreciarse supremamente a sí mismos y querer a los demás. No sé. Es tan difícil juzgar a los hombres. Todos estamos inclinados a juzgar con ligereza a los demás. Cuando creemos conocer mucho a una persona, en realidad la conocemos poco. Como dicen los psicólogos, ni uno mismo, siquiera, se conoce totalmente. Y hay aspectos de uno que conocen mucho mejor los demás, que uno mismo. Hay naturalmente, una “interioridad” que apenas uno conoce, y que, en circunstancias normales, nadie deja trascender. Por eso es absurdo querer conocer totalmente a una persona, y creo que por querer hacerlo, muchas veces las amistades se acaban y aún el amor se acaba. Nadie puede pretender llegar hasta lo más profundo del

alma de otro individuo. Uno puede mostrarse —y se muestra— pero hasta cierto punto. De allí para adelante hay un secreto que no pertenece sino a uno. Por eso también las dificultades entre familiares y entre amigos. Es frecuente —sobre todo en algunas culturas como la nuestra— que las personas no respeten la intimidad del otro. En este respeto por la intimidad de los demás, otras culturas, como la británica, llegan hasta el exceso. Se supone que nadie hable de sí mismo; y se considera una muestra de malísima educación el que alguien le pregunte al otro sobre cosas que son, o se consideran “personales”. En esto, como en casi todo, creo que debe haber un justo medio. El modelo que pudiéramos hacer de una cultura ideal para el ser humano, debería ser uno en el que no hubiera ni exceso de comunicación, ni exceso de aislamiento, Ambos extremos son malos. Y como tú sabes, hay personalidades extrovertidas y personalidades introvertidas. Entre estos dos extremos está la mayoría de los humanos. Por eso la conducta, para los demás, debe ser la de respetar sus características individuales, y no pretender, como decía Bernard Shaw: “Comportarse uno con los demás, como uno quisiera que se comportaran con uno”; pues —agrega el viejo humorista inglés: “A lo mejor no tienen los mismos gustos”. Esta es una anotación de gran sentido práctico y humano. Se tiene la tendencia a creer que todos son parecidos a uno. Ya comportarse con los demás, en general, como uno quisiera que ellos se comportaran con uno.

Y a veces, en ésto, se cometen muchos errores. Recuerdo que una vez leí, en un análisis grafológico que me hicieron, en el que el grafólogo de “El Tiempo” afirmaba que las dos letras, las de mi papá y la mía, eran la letra de la misma persona —a propósito de la afectuosidad con que yo trataba a mis amigos— que un filósofo griego decía: “Prefiero tres enemigos, a un amigo demasiado afectuoso”. Y eso tendemos a olvidarlo algunas personas. A veces es uno demasiado cariñoso con ellos. Y ésto, en vez de crear amistad, crea fastidio.

Es difícil vivir con los demás, comunicarse con los demás, estar con los demás. Yo he descubierto que puedo hacer muchas amistades superficiales pero que la amistad verdadera es demasiado difícil para mí.

Por eso, nuestra amistad, no ha sido, tampoco, como esas amistades que describen los Libros. Es una amistad tranquila, nacida inesperadamente y que ha perdurado a través de los años. Tratemos de conservarla. No nos hagamos demasiadas exigencias el uno al otro, para qué, ojalá, no descubramos el punto límite, el punto en que se quiebra la amistad, cuando se espera demasiado de ella. Creo que conservamos mejor nuestros amigos cuando no vivimos demasiado cerca y no esperamos demasiado de ellos. Esta es una de las pocas cosas que he aprendido en mi vida.

CAPÍTULO VIII

Carta a un político

Tu éxito en política se lo debes a dos cualidades muy importantes: La malicia indígena y el silencio. Cuando hablas bajo la influencia del alcohol cometes errores, pero nunca he podido saber, ni creo que nadie a tu alrededor sabe, para dónde vas o qué es lo que verdaderamente piensas. Fuera de buscar el poder, el poder porque sí.

No se si estas cualidades te llevaran muy lejos. Creo que no. Me parece que has llegado hasta donde podrías llegar. Te hacen falta otras cualidades que creo más importantes para el triunfo final: honestidad mental, estudio, amor al país.

He meditado bastante sobre la política los políticos. Y hasta ahora he llegado a las siguientes conclusiones:

La política es la actividad más importante y, potencialmente, la más buena o más mala que pueda emprender un hombre.

La política, así como aquellas otras actividades con las cuales se obtiene un éxito personal —el arte o la ciencia, por ejemplo— es emprendida por personas que no están

totalmente satisfechas consigo mismas. La política atrae a los mejores y a los peores hombres y mujeres de cada comunidad.

La política tiene que ser una actividad de tiempo completo. Los políticos como grupo, tienen, en general, más defectos que cualidades, comparados con otros grupos humanos.

La amistad no existe entre los políticos. La lucha por el poder es la más despiadada de todas las actividades.

Parecería curioso que una persona que se considera a sí mismo como un educador, como yo, se haya internado en los terrenos de la política. Las potencialidades de hacer el bien a un mayor número de gentes es lo que me ha impulsado a ello. Pero encuentro, entre las actividades políticas y las educativas, las más grandes diferencias.

El educador tiene que estar buscando las cualidades de sus alumnos y olvidando sus defectos para tratar de ayudarlos. El político está, por el contrario, en constante búsqueda de los defectos de sus rivales, para poder vencerlos. El educador tiene que entregarse totalmente a los demás; el político se cuida de los demás.

El educador vive y termina su vida, generalmente, en paz y en tranquilidad consigo mismo; el político vive y termina su vida en agitación, y dentro de los mayores contrastes de éxito y fracaso. En general, derrotado y vencido, más odiado que admirado.

La vida del educador es tranquila y llena de satisfacciones; la vida del político es agitada y llena de contrariedades.

¿Cómo se puede cambiar, entonces, la una por la otra? No hay explicación distinta a la de un básico masoquismo psicológico. Al deseo de castigarse a uno mismo.

Supongo que todo político cree que, mandando él, las cosas serán mejores para sí y para los demás. La sensación de poder, de poder decidir, es una sensación muy agradable. El político goza con ser respetado, y aún con ser odiado. Hace los más grandes sacrificios y llega hasta las mayores bajezas, para alcanzar su meta, que es el poder.

Pero la política no es sólo la actividad de los políticos. Hay “política” en todas las actividades humanas. Los hermanos pelean en su casa para ver cual es el que más influye en sus padres. Los esposos pelean para ver cual es el que más influye en sus hijos. En una escuela, los profesores son rivales, para ver cual es el que más influye en sus alumnos. En todas las empresas públicas o privadas, hay siempre una lucha por el poder, por el que pueda llegar más arriba, a las posiciones del más alto nivel. Los curas pelean entre sí para ver cual puede llegar a ser obispo. Los obispos, para ver quien puede llegar a ser cardenal. Los cardenales rivalizan a ver cual puede llegar a ser el Papa. En todas las actividades humanas —en una u otra forma— hay lucha política, es decir, lucha por el poder. Y parece que ésto se deriva de una característica animal constante: La lucha por la jerarquía; la lucha por colocarse en el lugar de mayor importancia o poder que se observa en algunos grupos animales. El “picking

order” que llaman los investigadores de la conducta animal, es decir, la lucha para alcanzar el lugar del pollo que pica a todos los demás y no es picado por ningún otro; el segundo, es decir, el que apenas es picado por el primero, pero que puede picar a los otros y así sucesivamente, hasta el último, que es picado por todos y no tiene a nadie a quien picar. La política es, pues, una lucha completamente animal. Mientras más cercano se esté al animal, más éxito se tendrá en política. De allí que se hable con toda propiedad, del “animal político”.

Una vez que se entra en la lucha política, ninguna otra cosa importa, fuera de llegar al tope, a ser el más alto, a ser al que nadie pica. La lucha política es comparable a la lucha de la selva. Allí se encuentran toda clase de fieras y de animales salvajes. Desde los reptiles venenosos hasta los más nobles leones. Pero todos con una sola obsesión, el ocupar el primer puesto entre ellos. En esta última categoría, la de los reptiles, creo que estás tú. Eres de los que la gente llama, “un político frío”. Frío como los reptiles. Es explicable que los hombres que venimos evolucionariamente de todas las especies anteriores, a veces tengamos las características de cualquiera de ellas. Unos son blandos, sinuosos y amorfos, como la amiba. Otros son arrastrados, peligrosos y venenosos, como los reptiles; otros son cálidos y valientes como los gallos de pelea, o se levantan a grandes alturas, como las águilas; otros son astutos, y traicioneros, como los felinos;

otros son poderosos e inteligentes, como el león. Los que tratamos de ser simplemente humanos, perdemos en esta lucha de animales. Por eso, repito, la política no parece tener ética. El que la toma como una actividad de servicio, como actividad de una persona decente, está perdido en ella. Esta parece ser la verdad, en todas las ocasiones, en todas las épocas y en todos los lugares.

La gente, a veces, envidia a los políticos. Creo, que, por el contrario, debería compadecerlos. La ambición de poder y de gloria es la más corruptora de todas. Los políticos no son hombres felices. Son hombres amargados y frustrados, la gran mayoría. Porque muy pocos son los que pueden llegar al tope. Y mientras más arriba llegan, más grandes son las luchas y más duras las amarguras. Cuando el poder se toma como una ocasión de servicio, el poder es amable. El que ha gustado algún poder, alguna vez, nunca pierde ocasión de buscarlo de nuevo. Esta parece ser parte de la naturaleza humano animal que todos compartimos.

Pero espero, sin embargo, no volver a encontrarme contigo. Hay satisfacciones más grandes en la vida que la satisfacción del poder. La satisfacción de servir, por ejemplo. Aunque no se pueda servir a muchos sino a unos pocos seres humanos. Y la mayor satisfacción se obtiene cuando uno puede concentrarse a servir apenas a otro ser humano. Es decir, cuando se logra el amor. Los políticos no han sido nunca seres amorosos.

Pueden haber sido grandes amantes, en el sentido de haber tenido grandes pasiones sexuales, pero nunca han podido querer, amar, en el sentido humano de la palabra; ni querer con constancia, con permanencia, a un solo ser humano. El político es despiadado porque le falta amor. Y a quien le falta amor es el ser más desgraciado de la tierra. La única cura para el político, como para todos los demás males humanos, es el amor. Pero ese ya será otro capítulo. Por ahora bástenos decir que la política, como aspiración al poder, es apenas un espejismo, un engaño, para aquellos que no han podido sentir el amor.

Carta a un aspirante a jefe

Muchas veces me he preguntado ¿Qué es lo que hace a un jefe ser verdaderamente un jefe? Yo sé que tú aspiras a ser jefe. Pero, ¿tienes las características adecuadas para ello?

¿Cuáles son las características de un jefe? He estado alrededor de mucha gente que ha tenido, en varias circunstancias y en uno u otro grado, esa calidad de “jefe” y he tratado de estudiar, basándome en sus características, qué es lo que los ha hecho llegar a tales posiciones. Creo que podré, así no sea muy ordenadamente, enumerar algunas de ellas:

La primera: seguridad en sí mismo. Pero una seguridad, sin embargo, no absoluta. Más bien con” un cierto elemento, así sea muy oculto, de desconfianza en sí misma. Está seguro de que puede hacer las cosas. Pero quiere probarse continuamente a sí mismo, que sí es verdaderamente capaz. Me explico: en esa, aparentemente, absoluta seguridad en sí mismo, hay un elemento de desconfianza, de complejo de inferioridad, por una causa que él apenas sabe o intuye; por algún elemento en su personalidad, o en su aspecto físico, o en sus más íntimos sentimientos, que no se conforman con

la normalidad, aceptada, establecida, por la cultura a que pertenece. El querer superar ese defecto oculto, esa característica en cierto sentido, vergonzosa, es lo que en el fondo lo impulsa a querer demostrarse superior, importante, el primero, el más poderoso, el más admirado, el más querido o el más temido.

Porque hay muchas clases de jefes de acuerdo con las circunstancias y con las culturas que se estén analizando. Un jefe de guerra, un líder civil, un conductor político, un gerente.

Otra característica del jefe es que tiene claro, generalmente, lo que quiere. No hay nada que desconcierte más a sus seguidores que el cambio de miras de sus jefes. Un jefe no puede ser un escéptico; tiene que creer firmemente en lo que está haciendo. O, por lo menos, aparentar creerlo.

Otra característica indispensable para ser jefe es el valor. El valor personal absoluto. El no tenerle miedo, o por lo menos no aparentarlo, a nada ni a nadie. Un jefe debe tener las cualidades del gallo que pica a todos y no se deja picar por ninguno. Esa característica animal, es más importante que cualquier otra característica humana. Por eso el jefe no es siempre ni el más inteligente ni el más bueno. Por el contrario, muchas veces no tiene ninguna de esas dos cualidades. La bondad y la demasiada inteligencia perjudican a un jefe, así sea político o militar.

La cultura anglosajona, y en especial la norteamericana

—por lo menos en sus estamentos civiles y administrativos, o en sus campañas cívicas— ha querido reemplazar al jefe por lo que ellos llaman el líder. Las cualidades del líder son distintas a las cualidades del jefe, porque su tarea es diferente. Un líder es el que alcanza el respeto y la admiración de los demás, por sus acciones y por sus cualidades intrínsecas. Todo jefe, obviamente, debe tener también las cualidades del líder. Pero no todo líder es un jefe ni todo jefe es un líder. Un líder se produce más en situaciones de normalidad democrática, en grupos, bien intencionados y no fanáticos, distintos a los que emprenden las luchas religiosas, políticas, nacionalistas o de predominio económico o social. Un líder es el producto de una sociedad civilizada. El jefe es el tipo de hombre con características animales, todavía poco humanizado. El jefe es el que manda y sus subordinados le tienen que obedecer. El día que no se le obedezca deja de ser jefe. El líder es aquel que agrupa alrededor suyo gente que quiere ejecutar con él, no para él, una determinada tarea. El líder recoge insinuaciones y conceptos de los demás, para trabajar en conjunto. El jefe tiene sus propias ideas y ordena ejecutarlas. Aquel que no puede ser líder tiene que contentarse con ser jefe. Pero esta posición de jefe, sin cualidades de líder, es una posición muy precaria y generalmente temporal. Para que una jefatura dure, tiene que estar acompañada de unas cualidades de liderato. Pero también para que un líder perdure, debe tener las calidades del jefe.

El líder es menos egoísta,- menos inseguro y menos “mandón” que el jefe. El líder insinúa, el jefe ordena. Al líder se le quiere; al jefe se le teme. Una combinación adecuada de características de jefe y líder, según las circunstancias y de acuerdo con las épocas y con las culturas, y con los momentos que se viven, es lo que hace que aparezcan conductores de movimientos humanos. Los marxistas creen que se necesitan ciertas condiciones —objetivas y subjetivas— para que determinado hecho social se produzca. Muchas veces he oído discutir si lo importante es el jefe o son las masas. Como en todos los extremos -y ésto sucede también en la física (dos teorías, mientras más opuestas sean, tienen más oportunidad de tener en cada una de ellas elementos de verdad)- cada una de las dos posiciones tiene méritos y fallas. Sin alguien que tenga combinadas las características de líder y de jefe —conductor lo estamos llamando aquí— no hay movimiento humano —por más condiciones objetivas y subjetivas que se produzcan— que pueda tener éxito. Y también una persona con grandes características de conductor, sin una masa que le responda, no llega nunca a hacer nada. Son, si mucho, lo que los historiadores llaman, a veces, los precursores. Una masa lista, pero sin que aparezca el conductor, tampoco realiza nada. Que siempre aparece, dicen los marxistas, pero ésto, desgraciadamente, no es así. Situaciones ha habido en que ha faltado. La situación espiritual más alta a la que puede aspirar un ser

humano, es ser conductor de otros seres humanos, no jefe. En las agrupaciones animales hay siempre un jefe: uno que manda y el cual es temido, y por lo tanto, siempre odiado. En las organizaciones de gobierno o empresariales primitivas, también la tendencia es la de constituir las, apelando a las jefaturas institucionales. Esos gobiernos y esas organizaciones no son las más efectivas. Las modernas teorías de gerencia, de gestión empresarial, han reemplazado a las primitivas de “jefaturas”. Ahora nadie aspira a ser jefe, en el antiguo sentido de la palabra, sino a ser un gerente, un “empresario”, alguien que sea capaz de organizar recursos humanos y de otra índole para una tarea común. Una ética más humana está reemplazando a la antigua ética animal. El poder, para satisfacción personal o de grupo exclusivo, está siendo reemplazado por la satisfacción de cumplir una tarea de todos en el servicio común. Todavía predominan en el mundo las guerras entre naciones y entre ideologías y aún entre facciones de una misma nación y de una misma ideología. Sin embargo, se insinúa ya un grupo de instituciones y de personas, que han empezado a pensar en beneficio general del ser humano, sin distinción de razas, nacionalidades, partidos políticos o religiones. Una nueva profesión ha sido propuesta por tales personas: “la poliatría”. Estos “poliatras” no aspiran a ser jefes o líderes, sino conductores. Y ni siquiera ésto. Aspiran apenas a ser la levadura que conduzca al mundo hacia su automejoría. No tienen la fe simple de

los humanistas del siglo XVIII que creían que el hombre era bueno por naturaleza, ni creen que la sola ciencia, la técnica y la racionalidad conduzcan al hombre, inevitablemente, hacia una mayor felicidad en la tierra. Saben que hay que luchar contra el instinto animal del hombre a predominar y a imponerse. Contra el instinto de cada ser humano de querer ser el jefe de los demás. Reconocen que es legítimo y potente el instinto de cada grupo humano a defender su territorio. No se hacen demasiadas ilusiones sobre el inmediato futuro. Saben que seguirá habiendo guerras, matanzas, estupideces y odios.

Pero tiene fe, también, en la capacidad de los seres humanos para hacerse mejores. No espontánea y naturalmente, sino con trabajo y esfuerzo. Los jefes pasarán. No han dejado tras de sí sino monumentos inútiles y “glorias nacionales” que han traído sufrimientos, ludias y muertes. No queremos más jefes que sacrifiquen a su personal ambición y a su sicopatología los sentimientos de otros seres y aún la vida de otros humanos. Todas las personas que viven sobre la tierra tienen derecho a trabajar para su progreso y a que sean ayudadas si ellas lo quieren por los que han alcanzado un estado cultural, técnico y ético más avanzado. Es evidente que todas las culturas no son iguales. Aunque todas las culturas tengan valores humanos respetables, hay una escala de dichos valores, y hay algunas que tienen valores éticos humanos más elevados que otras. La aculturación del

mundo, con normas de ética social uniforme, es una gran tarea de los seres civilizados y humanizados que todas las culturas han producido. Las modernas comunicaciones y la facultad de intercambio del mundo actual hacen ésto posible. Por todas partes se encuentra uno, en el mundo moderno, con” hombres y mujeres que han dejado de lado sus sentimientos estrechamente nacionalistas, ideológicos o religiosos, para acoger una concepción del mundo más científicamente humanista. El humanismo científico y realista, no utópico, como el de los siglos pasados, se está abriendo paso. Para eso no necesitamos jefes sino hombres sabios, valientes y buenos. Necesitamos líderes y conductores, no de pedazos de la humanidad, sino de la humanidad entera. Estos hombres sabios, valientes y buenos, se han encontrado siempre al azar, al natural, en todas las culturas de la tierra. Pero no siempre han sido los jefes, los líderes, los conductores naturales, de sus tribus, de sus comunidades, de sus partidos, de sus ideologías o de sus naciones. Lo que necesitamos ahora es formar conductores, conscientemente, en cantidad creciente, para que sean la levadura que humanice más a la humanidad. Esta es la gran tarea de las universidades del mundo actual. Formar estos “poliabras” que tengan por mira la humanización de todos los hombres. Ves, que pequeña queda, ante ésto, la ambición de ser un jefe de fracción, jefe de partido, jefe de grupo, o aún jefe de una nación o de una religión. Los aspirantes a jefes son enfermos menta-

les que quieren satisfacer una profunda frustración interior con sentirse dominadores de otros hombres. Esos instintos son la natural herencia de nuestro origen animal. Esto es algo innegable. Pero ser jefe de un grupo, de un partido, de una comunidad o de una nación, para oponerse a otro grupo de seres humanos, no es lo que debe buscarse. El futuro reclama otro tipo de hombres y mujeres superiores. Aquellos que tienen un sinnúmero de cualidades innatas o adquiridas por el estudio o la experiencia, pueden conducir a grupos humanos, cada vez mayores, hacia una mejor ética universal que la que actualmente predomina. En cada grupo humano hay una labor que hacer en este sentido. Hay personas, en todo grupo, que pueden ser a la vez, valientes, humildes, orgullosas, buenas, francas, decididas, sanas física y mentalmente, bien intencionadas y ambiciosas, que quieran emprender una tarea verdaderamente digna de un ser humano: humanizar a la humanidad. Seguimos siendo demasiado animalizados, a pesar de los progresos técnicos y científicos. Necesitamos más progreso ético. Hacia ese amplio fin, no hacia el estrecho, de ser simplemente un jefe, deberías orientar tu vida.

CAPÍTULO X

Carta a un periodista

Como fundador, hace veinticinco años, de un periódico estudiantil, el “U—235”, y como ocasional contribuyente con artículos, a la prensa diaria, me considero también un periodista. Así que esta es una carta que, en cierto modo, me escribo también a mí mismo. Pero un periodista profesional es algo muy distinto a un periodista aficionado. Aquel que ha dedicado su vida entera a transmitir hechos, noticias y comentarios a los demás, adquiere una gran responsabilidad con el mundo contemporáneo y con el mundo futuro. Con el mundo actual, porque la manera cómo presente los hechos y la interpretación que a estos les dé, tiene una gran influencia sobre el modo de pensar de miles de personas existentes; y con el mundo futuro, porque sus escritos van a ser considerados, por los historiadores como la realidad del mundo actual. Esto solo nos dice de la tremenda importancia de un periodista. Por eso es pesadoso ver cómo algunos periodistas toman su profesión a la ligera, y peor aún, la hacen un medio de sus pequeñas rivalidades, odios o amores.

Aunque, naturalmente, el periodista, como el científico, como el artista, como el técnico, como el político, como todos los demás hombres, comparte las cualidades y defectos de todos los humanos, su especial responsabilidad lo debería hacer más consciente; y su especial influencia más cuidadoso de no cometer demasiados errores. Como toda persona que tiene poder, el periodista debería ser cuidadoso con el ejercicio de dicho poder. Obviamente, puede hacer mucho mal o mucho bien. Y mucho de lo que el público piensa y la manera como reacciona, depende de lo que lee en los periódicos, de lo que oye en la radio o de lo que vé en la televisión. Por eso, las principales cualidades del periodista deberían ser sus cualidades éticas. Desgraciadamente, ésto no siempre sucede.

La difusión de las noticias, el conocimiento del mundo, las intercomunicaciones, mientras más extensas sean, serán más beneficiosas para la humanidad que la oscuridad, el aislamiento, la ignorancia o el desconocimiento mutuo. Aunque siempre la verdad no sea agradable —y a veces ni siquiera conveniente— es preferible, en general, a la mentira. El engaño deliberado no debería justificarse sino en rarísimas ocasiones.

En una época, fue apenas la palabra hablada la que efectuó la difusión de los conocimientos. Después vino la escrita. Con los avances de la técnica, llegamos hasta el libro; más tarde las revistas difundieron todo mucho más rápidamente.

te; después vinieron los periódicos, la radio y la televisión, que han conformado el fenómeno moderno que algunos llaman “la explosión de las comunicaciones”. Se ha discutido si este fenómeno es favorable o no al bienestar de la especie humana. Argumentos hay en uno y en otro sentido. Pero es evidente que las comunicaciones, como muchas cosas, no son malas o buenas en sí mismas, sino de acuerdo con el uso que se haga de ellas. De ahí el valor elevadísimo que en este campo tiene la ética. Una ética humana y social que ponga por encima de los éxitos individuales —o de las consideraciones económicas, políticas, nacionalistas o religiosas— los altos postulados de la justicia y del bienestar universal. Todo periodista debería ser un humanista universal en el más amplio sentido de la palabra. Sus intereses deberían ser sólo los intereses del ser humano. Ninguna limitación política, religiosa, nacionalista o económica, debería interponerse entre su importantísima tarea y el bienestar del ser humano universal. Esto parece ser, por ahora, una simple utopía. Mientras más se leen los periódicos, se oye la radio y se ve la televisión de todo el mundo, más se encuentra uno con las dos clases de fenómenos: por un lado, la odiosa cabeza del fanatismo, la tergiversación y la falsa interpretación de los hechos, con fines limitados; y por el otro, el interés de algunos periodistas de las más altas miras —por reconocer que su verdadera responsabilidad no está con su país, con su religión, con sus limitadas convicciones políticas o con los que

pagan su salario, solamente— sino con la humanidad entera. Este tipo de periodista es el que puede reconocer que su país, su religión o su partido también se equivocan. El que no es un maniqueo en el análisis del mundo y de sus circunstancias; el que hace un gran esfuerzo por ver los puntos de vista de los demás, y —sobre todo— de aquellos que no están de acuerdo con él. Esta última es la clase de periodistas que necesita el mundo. Una clase de periodistas que no es insular o excepcional, sino que, por el contrario, está floreciendo por todos los rincones de la tierra. Periodistas que tienen que ser, al mismo tiempo, técnicos en su profesión; artistas en su arte; científicos en su visión de los hechos que presentan o analizan; objetivos, sin que por esto tengan que ser insensibles; pero que —por sobre todo— sean hombres y mujeres buenos, que utilicen sus conocimientos, su arte y su técnica, sólo para hacer el bien. Y no estamos hablando de periodistas misioneros, ni mucho menos fanáticos o ultracelosos por hacer el bien. Estamos hablando de hombres y mujeres normales, con una profesión importante, que la sepan utilizar en beneficio colectivo. Esto se puede enseñar y estas ideas se pueden difundir, entre los que quieran tomar el periodismo como una profesión con estudios universitarios. Es irresponsable que cualquier ser humano —no importa el grado de moralidad que posea— pueda utilizar un medio, tan poderoso e influyente como el periodismo, para causas personales o mezquinas. Por eso se ha propuesto que

sea una profesión estrictamente reglamentada por los gobiernos, como es la medicina, porque esta última tiene que ver con la vida y la muerte. Porque el periodismo tiene que ver también ¡y cuánto! , con la vida y la muerte. A veces en mucho mayor grado que la profesión médica, que se entiende con enfermedades y epidemias. Porque las guerras y las revoluciones son epidemias de odio. Y la salud mental de las multitudes es mucho más importante que la salud física o mental de unas cuantas personas.

Lo malo de esta reglamentación es que puede prestarse a abusos de un gobierno deshonesto. En los lugares en donde no existe libertad de prensa, es muy probable que existan cosas que se tengan que esconder. El ambiente de libertad es más conducente a una sociedad sana. La libertad de comunicaciones es comparable al mecanismo del dolor en los seres animales. Sin este mecanismo, no habría supervivencia de las especies mayores. Las comunicaciones registran lo que duele, lo que está fallando, lo que está funcionando mal. Su supresión puede llevar a una comunidad —y aún a toda una sociedad o nación— a la catástrofe. Todo gobierno inteligente y bueno, que esté verdaderamente por el bienestar de su gente, debe dar la mayor libertad a la comunicación objetiva de los hechos. Pero debe cuidar también de que no se calumnie, se mienta o se malinterprete. La sociedad es un organismo vivo, con mecanismos de interrelación muy complicados y sensibles. Los buenos mecanismos de

intercomunicación son esenciales para el funcionamiento de una sociedad sana. La comunicación es una parte vital de un organismo avanzado y delicado como es la sociedad moderna.

De allí su importancia y su enorme delicadeza. Los periodistas son las partes esenciales de este organismo: son sus células nerviosas. Si no registran bien los hechos y no los transmiten con fidelidad, harían el papel de un tejido nervioso enfermo, como el que existe en las enfermedades producidas por virus neurotrópicos o por el bacilo de la lepra. Todo lo que afecte las comunicaciones es vital para un organismo. En esta delicada, compleja y única sociedad contemporánea en que se está convirtiendo el mundo actual, las comunicaciones, el periodismo, son parte vital. Y las personas que manejan ese mecanismo son seres humanos, como tú y yo. De nuestra salud o enfermedad mental, es decir, de nuestra ética, depende, en mucha medida, la salud del mundo.

CAPÍTULO XI

Carta a mis padres

Cecilia y yo hemos discutido muchas veces si nuestros, hijos nos deben más de lo que nosotros les debemos a ellos. Hemos llegado a la conclusión, por lo menos por ahora, que es más lo que nosotros les debemos, que lo que ellos nos deben a nosotros. No estoy seguro que esta sea la manera correcta de enfocar el problema de las relaciones de padres a hijos, pero de todos modos, creo que con esto nos hemos, salido del concepto tradicional, de que todo se lo debemos a nuestros padres. Les debernos la vida, es verdad, porque sin ellos no hubiéramos nacido; les debemos la patria que tenemos y algo de la cultura que poseemos; pero les debemos también, por supuesto, muchas de nuestras deficiencias, de nuestros defectos y de nuestras maneras de ser, tanto desfavorables como favorables. Las leyes de la herencia son esencialmente leyes del azar, sobre las cuales los padres tenemos muy poco poder. Nuestros hijos heredan, en cantidades al azar, nuestras cualidades y defectos. Así, a veces somos afortunados y a veces desgraciados genéticamente, sin que ninguna voluntad intervenga en ello para nada. También la

educación que les damos, depende, en mucha parte, de la educación que a nosotros nos dieron. Así como les transmitimos, por educación, nuestras posibles cualidades espirituales y mentales, también los maleducamos en nuestros mismos temores, prejuicios y en las deficiencias de nuestra propia cultura. Se ha dicho con razón, que no son los individuos los que hacen a las sociedades, sino que son las sociedades las que hacen a los individuos. Aunque también la viceversa es cierta, pero en casos excepcionales.

Las cosas, por lo menos en cierta medida, pudieran mejorarse. Algunos padres pudieran hacerse conscientes, a tiempo, de sus prejuicios y defectos, y tratar de educar a sus hijos en un sentido más universal y dentro de una ética superior, que por llamarla de alguna manera, la llamaríamos sabiduría. Pero, ¿se puede enseñar la sabiduría? He aquí una pregunta difícil de contestar.

Tratemos de averiguar primero qué es y en qué consiste esta, sabiduría de que estamos hablando.

Primero que todo, no parece que existiera una sabiduría, sino muchas sabidurías. Dependiendo de los lugares, las épocas y las circunstancias. Para ciertas culturas el saber nadar sería vital y para otras ésto no tendría ninguna importancia. Para unas culturas el espíritu competitivo es necesario y para otras es indispensable el espíritu de colaboración. Pero vamos a hablar de la cultura contemporánea universal que parece estar formándose en el mundo moder-

no. ¿Cuáles son las características de esta nueva cultura y de esta nueva ética?

Es evidente que “la antropología, la filosofía, la sociología y las historias contemporáneas, tratan de apuntar hacia un tipo de cultura distinta a las culturas locales que hasta ahora han existido, para encontrar una cultura más universal, que resuma las mejores características que el ser humano ha logrado a través de su historia y de su agitada vida, en tan distintos lugares del planeta. Se han estudiado, desde las culturas más primitivas hasta las culturas que llamamos ahora más avanzadas. Y en todas ellas encontramos características que podrían contribuir a formar una nueva cultura universal, mejor que las que han florecido hasta ahora en la superficie de la tierra. Pudiéramos aventurarnos a configurar un modelo de cultura universal, hacia el cual debiéramos aspirar.

Sería una cultura en la cual lo racional tendría predominio sobre lo emocional; en la cual una ética universal tuviera predominio sobre cualquiera ética particular. Una cultura en la cual la ciencia y los altos valores espirituales destacarían —más aún que las actuales religiones los aspectos positivos de la naturaleza humana para el bienestar de la especie. Y hablo de la naturaleza humana, como una cosa que existe, indudablemente, pero a la cual es posible modificar. La historia ha probado, de hecho, que en determinadas circunstancias se modifica ya sea en sentido positivo o en sentido negativo.

Existen personas prácticamente en todos los países del mundo contemporáneo —y de las extracciones raciales, económicas, religiosas y nacionales más diversas— que están pensando, cada vez, más en un nuevo tipo de ética universal y de cultura universal. Que no quiere decir identidad en todo, ni mucho menos; pero sí acuerdo en ciertas; bases racionales y elementales para la convivencia y el progreso de la especie. Mucha gente está pensando ahora, por ejemplo, en el hombre en general, y no en los términos particulares de determinada nacionalidad, religión, raza, estratos económicos o políticos, etc.

Este puñado de gentes, en todas partes de la tierra, está, generando una nueva cultura y una nueva ética. Esto, que conformaría también una nueva sabiduría, distinta a la sabiduría budista, o a la sabiduría cristiana, o a la sabiduría europea o africana o americana, sería una nueva sabiduría, universal. Basada más en la ciencia, en la técnica y en la experiencia, que en la mera intuición. Basada más en el trabajo en equipo de distintos hombres de buena voluntad de todo el mundo, que en la intuición genial de un pensador o filósofo único. No sería, indudablemente, una sabiduría mística en el sentido religioso, sino una sabiduría racional. Es obvio que ustedes me van a, decir que ésto se ha tratado de hacer desde el siglo XVIII por los grandes utópicos racionalistas. O que mucho de ésto se está poniendo en práctica, también, en tales o cuales países, por distintos sistemas po-

líticos, filosóficas, religiosos o económicos. Pues bien. Esta coincidencia, con distintos enfoques, acerca de un resultado general común que todos quisiéramos, está hablando, precisamente, de esa tendencia, hacia esa cultura ética y sabiduría universales, con bases comunes racionales y científicas.

Algunos pocos, es verdad, están predicando ahora la vuelta al oscurantismo, la ignorancia, la superstición, los nacionalismos cerrados, la intolerancia, el predominio racial o el predominio nacional. Pero los que lo hacen son, enfermos mentales, de los cuales existen,, también, en todos los países. Son fanáticos políticos, religiosos, raciales o nacionales, que por eso mismo; por sus mismas características limitadas, no pueden lograr una audiencia universal. Están en minoría y en posición desventajosa para ellos. No predominarán sino por cortos períodos y en ambientes limitados y circunstanciales. Porque la vasta difusión de la ciencia, de la educación, de la técnica, de las comunicaciones y de la racionalidad que se manifiesta en todas la regiones del mundo — aún en las más atrasadas y subdesarrolladas- es una circunstancia nueva en la historia de la humanidad. Es una circunstancia que no se presentaba en los siglos pasados, aunque siempre ha habido, en todas las épocas y en todos los lugares, grandes pensadores e idealistas con ambiciones de mejorar el mundo. Este ha sido el comienzo de las grandes religiones: la idea de difundir una ética universal mejor.

Pero las circunstancias del mundo nunca fueron hasta ahora propicias para ello. Esta nueva ética universal o cultura universal o sabiduría universal, no puede ser, indudablemente, en el limitado sentido de la palabra, una religión: con su líder carismático, sus profetas y sus mártires. De ninguna manera. Tiene que ser un movimiento nuevo y de características racionales. Es más. Es un movimiento que ya se está conformando, a través de cosas concretas y elementales: de la lucha contra la enfermedad y contra el hambre en el mundo; de la lucha contra la pobreza y contra el atraso y el subdesarrollo; de la lucha contra la violencia y la guerra. Pero de una lucha racional y realística, no utópica o mística. De una lucha en la cual sus combatientes sepan que no van a obtener la victoria por un milagro o por una decisión superior o por una ayuda sobrenatural; sino por el trabajo continuo, pesado, tenaz y duro, de muchos seres humanos en el mundo. De combatientes que sean capaces de soportar fracasos, retrocesos, críticas, burlas y derrotas, convencidos de que si caen, otros vendrán a reemplazarlos. Y si a ésto se le quiere llamar mística, no vamos a pelear por el nombre. Lo que se quiere decir al llamar a ésto un trabajo no místico, es que no está basado en sentimientos o en consideraciones irracionales, sino en bases científicas, técnicas, históricas, filosóficas y altamente racionales. Con la obvia adición, de que no se tratará de imponer estos nuevos conceptos por la fuerza de la conquista, sino con la fuerza de la razón, y con

las armas de la experimentación y la demostración, racionales y objetivas.

Este nuevo tipo de sabiduría se puede enseñar. Un niño puede obtener este nuevo tipo de sabiduría universal, si sus padres la practican. Si sus padres no son fanáticos ni religiosos, ni nacionales, ni raciales; los hijos se irán formando con esta nueva visión del mundo, más racional y más científica. Y cada vez serán más los que aceptarán una nueva cultura y una nueva ética universales.

Los que más responsabilidad tienen en el mundo contemporáneo, por difundir esta nueva concepción de una cultura y de una ética, universales, son, naturalmente, los educadores, y, sobretodo, los que dictan las políticas educativas de las diversas naciones del mundo. Estos serían los personajes claves para esta transformación. Como siempre, los políticos, los que tienen el más alto poder decisorio. Y se me dirá que desde Platón se está buscando que los filósofos sean los que manden. Y es cierto. Pero vuelvo a repetir: nunca ha habido una conciencia más difundida y que parezca tender a hacerse más universal como hasta ahora. Por ejemplo, una aceptación de que los cerrados nacionalismos y los cerrados sentimientos religiosos o raciales o políticos, son perjudiciales para la humanidad en general; y que han traído guerras, violencias, matanzas y sufrimientos. Es impresionante ver la coincidencia de toda la juventud educada de la tierra —que ya va siendo una cantidad

respetable en el mundo— sobre estos puntos elementales de filosofía general. Y es obvio que se me dirá también que estos jóvenes de ahora pueden corromperse en el futuro. Y que sus sentimientos de ambición personal, económica, política o nacionalista, los convertirá en los mismos políticos corrompidos que hoy dominan al mundo. Es posible que ésto ocurra. Ya ha ocurrido, seguramente, en muchas partes. También es verdad que los que han llegado a posiciones altas con una visión más universal, han sido eliminados violentamente: los dos Kennedys y Martín Luther King son ejemplos recientes y trágicos. Pero cierto elemento de fe, no irracional, sino basado en las tendencias contemporáneas, nos hace sentirnos moderadamente optimistas, en relación con el desarrollo del mundo. A muchos de nosotros nuestros padres nos educaron, aún en sociedades cerradas como la que podía existir en una pequeña aldea colombiana en las altas montañas antioqueñas, en Jericó, en los años veinte, con elementos que no eran exactamente los de esa estrecha cultura fanática y religiosa, sino con elementos extraños, de una incipiente cultura universal, sacada de la lectura de unos cuantos libros, por un estudiante de primer año universitario, como fue mi padre, O por un ciclista, como fue el padre de un profesor africano que conocí recientemente. Nuestros padres, nuestros maestros y algunas personas, libros, periódicos y revistas, con las que hemos estado en relación en esta vida, han inyectado en nosotros algunos

elementos de racionalidad y de juicio, que ha madurado con los años, con las lecturas seleccionadas, con las conversaciones con gentes de todos los lugares de la tierra, con los viajes, etc. A mi padre, un joven discretamente rebelde y descreído en su juventud, le debo seguramente la primera semilla de la duda en los valores tradicionales y establecidos, que me sacó de la estrechez y del fanatismo. Y a mi madre, que no se opuso demasiado activamente a ello, a pesar de que me escondió muchos libros de Fernando González. Por eso esta carta, destinada a considerar si una nueva cultura, sabiduría y ética universales puede enseñarse y transmitirse a las nuevas generaciones, va dedicada, amorosamente, a ustedes dos.

CAPÍTULO XI I

Carta a mis hermanos

Hemos sido una familia unida. Pero nuestros padres nos dieron libertad de pensamiento. Por eso todos hemos escogido el camino que hemos querido. Yo me dediqué a la medicina, en el sentido que he querido darle, de una ciencia social al servicio de todos los hombres de todos los países del mundo. Talvez es una ambición demasiado idealista. Otros de ustedes se dedicaron a los negocios y uno al sacerdocio. Quisiera discutir los valores que cada uno de nosotros hemos escogido y los méritos que cada una de estas escogencias puede tener. En primer lugar, quiero decir que no creo que la escogencia misma de uno u otro camino tenga un distinto valor por sí mismo. Los motivos de la escogencia son el resultado de tantas circunstancias y factores, ajenos a la propia voluntad, que no creo que haya mérito especial en escoger uno u otro camino. Creo que la influencia anglosajona que hay en mi educación me ha enseñado a respetar los motivos íntimos de cada persona para escoger su propio destino. Pero podría aprovechar para analizar estas tres clases de valores,

que, para clasificarlos de alguna manera, los podríamos llamar materiales, científicos y espirituales.

Aspirando a ser científico, no puedo concebir el espíritu sin la materia. Para mí es obvio que la materia existe y que los valores materiales son respetables: sin tierra, sin alimentación, sin vivienda, sin instrumentos, sin libros, sin transporte, sin medios de comunicación, no puede manifestarse el espíritu humano. Esto es algo que para mí es perfectamente claro. Tampoco creo que los que dedican toda su vida a obtener valores materiales, excluyan de su visión del mundo los valores espirituales. Están pensando en el amor de su familia, en el bienestar de los suyos y para ésto, siendo prácticos, necesitan suministrarle comodidad. Esto es evidente.

Por otra parte, respeto también al que está convencido de que sólo el valor espiritual, lo que se refiera al alma o al “otro mundo”, es lo importante. Este punto de vista, este modo de ver el universo, también es respetable, pero me parece que cada vez encuentra menos personas que lo compartan en el mundo actual.

Mi punto de vista, el que llamaré científico, por darle algún nombre, creo que también es respetable. Y creo que es el que paulatinamente irá adoptando toda la humanidad. NO se trata de contraponer unos valores con otros, sino de acoplarlos y, naturalmente, escalonarlos. Como creo que lo he dicho en otra parte, reconozco la superioridad de los valores espirituales. Pero no entendidos como ultramun-

danos o celestes, sino entendidos como valores espirituales humanos, es decir, valores creados por el hombre a través de su paso por la tierra. También hay valores espirituales que no han sido creados por él sino que han sido heredados por él, como parte de su propia biología. El amor, por ejemplo, es un gran valor espiritual que hace parte del hombre, por el hecho mismo de ser hombre. Pero el odio, por ejemplo, es otro valor “espiritual”, que también hace parte de nuestra herencia biológica, pero al cual considero en una escala inferior al valor amor. Aunque se me podría decir que el odio al pecado y a la maldad y a la tristeza y al sufrimiento, son valores también positivos. Y ésto es así. Pero talvez sería mejor concebirlos como el amor a la bondad, a la alegría, al amor mismo. Por lo anterior se podría decir que ni aún el mismo “odio al odio” sería siempre malo o bueno. Hay odios buenos, podría decirse, y hay amores malos. El amor excesivo a la comodidad material, a sí mismo, a su propio país, a su religión o a su partido, por ejemplo; el amor excesivo a sus propias ideas, es lo que crea el odio a las ideas de los otros y el odio a los demás. Esta dialéctica del amor y del odio es realmente interesante, cuando uno se pone a meditar sobre ella.

Pero creo que nos estamos saliendo de nuestro tema, es decir, la diferencia entre los tres valores que los tres grupos de hermanos hemos escogido.

Debo analizar el valor ciencia que es el que me parece que he escogido yo, y analizar, más tarde, también, para fina-

lizar esta carta, el valor religión que es el que ha escogido el sacerdote. Creo que ya he analizado el valor materia que es el que pudiéramos decir han escogido los que se han dedicado principalmente a sus negocios. Que es también el valor principal de la actual cultura o civilización norteamericana. Es un valor que ha conducido al mundo a muchos avances, incluyendo, paradójicamente, muchos de los que pudiéramos llamar progresos espirituales. Ese progreso material de los “gringos” ha hecho posible el establecimiento, por ejemplo, de sus grandes universidades que, indudablemente, en muchos campos, han constituido grandes avances espirituales.

Pero vamos ahora a analizar lo que yo llamo el valor científico. Se ha definido lo científico como el sistema de razonamiento basado en hechos y en experimentos, no en opiniones. Las opiniones son simplemente los conceptos que se tienen, sin que haya siempre base científica para ello. Sobre opiniones es lo que más discuten, pelean y aún se matan los hombres, porque no se puede comprobar o negar, científicamente, cuales son las correctas. Las opiniones se basan generalmente, más en la emoción que en la razón. Se opina, “porque sí”, sin que haya bases objetivas para ello.

Cuando pudiéramos, en el mundo, dividir con mayor claridad las opiniones de los hechos, se alcanzaría una mejor convivencia.

Es por eso que la ciencia es muy humilde y no afirma sino aquello que pueda comprobarse. Lo que no puede com-

probarse se le deja al campo de la especulación teórica y metafísica. No admite sino lo real, lo medible, lo probable, lo que produce resultados concretos. Por eso se cree en la vacunación contra la viruela, en la asepsia, en los microbios. Pero no se cree en los espíritus o en las causas sobrenaturales de las cosas, porque no se pueden ver, ni medir, ni tocar.

Esto no quiere decir que la ciencia sea el valor universal principal. La ciencia no es sino un instrumento, un medio, para conocer mejor el mundo. No es un fin en si misma. No es, ni puede ser, una nueva religión. La ciencia es algo objetivo, pragmático, terrestre. Cuando se predice un eclipse y este eclipse ocurre, se está haciendo ciencia. Cuando se aplican vacunas a una comunidad contra una determinada enfermedad y esta enfermedad no ocurre, se está haciendo ciencia. La ciencia es uno de los caminos más recientes por los que ha optado la humanidad, en su ya larga historia sobre la tierra, y es un camino que ha dado resultados concretos, medibles y objetivos. Hay ciencias naturales, biológicas y sociales, con complejidades y dificultades crecientes en esta misma secuencia: siendo las ciencias sociales más difíciles que las biológicas y éstas más difíciles que las llamadas físicas o naturales, aunque las. Eres son, por oposición a lo sobrenatural, ciencias naturales.

El camino científico es el camino del hombre humilde y sin aspiraciones a alcanzar “la verdad eterna”. Para el científico no existe una “Verdad”, con mayúscula, sino muchas

verdades, con minúscula, divididas ad infinitum, según las cosas inmediatas que se vayan comprobando y a medida que avanzan las técnicas de comprobación de los hechos y de los fenómenos. El científico no tiene fe en la ciencia como en algo maravilloso y extraordinario que va a resolver todos los problemas. El científico simplemente maneja la ciencia como un instrumento del conocimiento humano.

Es en la aplicación de la ciencia en donde entran otros valores, otras concepciones más elevadas. Viene entonces lo que se llama la concepción ética, que se refiere a “lo bueno” o a “lo malo”, para la humanidad o para el hombre. Es allí donde la ciencia empieza a perder su valor práctico, si pretende constituirse en el valor superior. La ciencia no pretende poder descubrir la diferencia entre lo bueno y lo malo, de una manera absoluta. Deja este criterio al sentido común y cualquier persona de criterio científico corriente lo único que diría es que no se puede tratar de hallar “lo absoluto” en nada, ni mucho menos entre lo bueno y lo malo. La ciencia, simplemente, no trata con los absolutos. Sospecho que una de las nociones que no puede legítimamente llamarse científica sea lo que se ha llamado, por ejemplo, frío absoluto. Sobre esto, las discusiones entran ya en el campo especulativo. Y la ciencia le tiene terror a la especulación, a las lucubraciones sin bases precisas, matemáticas y comprobables. Por eso lo del cero absoluto es en realidad relativo. Se considera a Einstein, el padre de la relatividad,

como al mayor de los científicos que ha producido el género humano. Sé dice que contestó, cuando se le preguntó que resumiera sus conocimientos: “Sólo se que algo se mueve”. Es un tremendo avance, desde el “sólo sé que nada sé”, de Sócrates. Algunas cosas, realmente, las podemos saber. Algunas cosas, también, las podemos entender. Podemos, inclusive, entrar a analizar los conceptos de bondad y maldad, en el campo ético, pero para que podamos seguir siendo, de cierta manera, científicos, aún en el campo ético, tenemos que dejar lo absoluto, lo teórico y entrar en el campo concreto. Analizar la maldad y la bondad de cada cosa, de cada hecho, de cada acción, de cada persona, de cada época o sociedad, de acuerdo con las circunstancias y los casos concretos, de acuerdo con los resultados, y de acuerdo con las investigaciones precisas y objetivas de cada caso en particular. Aunque se puedan obtener algunas reglas generales sobre lo bueno y lo malo, en este campo tampoco se puede ser absoluto.

Y entremos ahora sí en el campo de la religión. La religión, como la filosofía, en cierta forma, pretende hallar un absoluto. La absoluta verdad, el absoluto bien. Y por ese camino, confunde y perjudica a los humanos. Porque les está pidiendo algo imposible de alcanzar. La perfección absoluta, por ejemplo, cuando los seres humanos son el producto del azar evolutivo. Es obvio que el universo no es perfecto. Por eso no pudo ser creado por un ser perfecto como todas las

religiones afirman. Y en esta pelea de cual es la “verdad verdadera” se han consumido muchas personas y pueblos. Y lo peor es que este concepto religioso parece querer extenderse también, ahora, al campo político y económico. Se quiere encontrar, también, cuál es el partido o el sistema económico, que es el mejor en el sentido absoluto. Se traslada la formación religiosa de la gran mayoría de la humanidad a un campo que debería ser dejado al análisis simplemente científico y objetivo.

Por eso, mi querido hermano sacerdote, no te puedo acompañar en tus luchas. Que yo sé que son sinceras, buenas, en el mejor sentido de la palabra; pero que yo considero que van por un camino equivocado. La equivocación es creer que se puede encontrar lo absoluto, lo mejor, lo perfecto, lo verdadero, en cualquier campo. Estas cosas, simplemente, no existen. Existimos nosotros. Existe el ser humano. Existen las cosas. Existe el universo. Existe la materia. Existe el espíritu. Existe la libertad. Existe el amor. Existe el odio. Existe lo bueno y existe lo malo. Pero no existe “lo absoluto”. El mayor idealismo lo reconozco en tí, que lo estás buscando. Es más, no es que siquiera lo estés buscando; sino que dices que lo has encontrado. Yo he estado, toda mi vida, por ejemplo, buscando a Dios. A Dios como algo absoluto, inmutable y eterno. Y creo haberlo encontrado en la definición que de El doy en el último capítulo de mi primer libro: “Una Visión del Mundo”. Creo que Dios es

todo lo bueno que existe en el universo. A él se le ve en las flores, en la bondad, en el bien, en la belleza. El universo contiene a Dios, porque hay bondad, belleza y armonía en el universo. Pero el universo no puede ser Dios ni puede haber sido creado por Dios, porque en el universo también hay desarmonía, odio, maldad, catástrofes humanas y cósmicas. Dios no creó el Universo y mucho menos creó la tierra. La materia ha estado y estará aquí siempre, con sus reglas, esas sí inmutables, aunque no me atrevería a decir, después de Einstein, y de lo que he escrito antes, que absolutas. Pero, después de todo, absoluto es una simple palabra creada por el hombre. Depende de la interpretación que le demos los dos a esta misma palabra, "para que nos podamos poner o no de acuerdo. Lo importante es que por eso no vayamos a pelear, ni vayamos a odiarnos. Ni que tú me desprecies a mí, ni yo te desprecie a tí, por creer y sentir de modo diferente. Esta es otra de las verdades que la ciencia ha descubierto: todos los seres humanos, aunque en muchos rasgos seamos parecidos —aún siendo hermanos— tenemos algo distinto, algo individual, que nos caracteriza, casi que iba a decir, absolutamente. Pero no me atrevo a usar esta palabra, aunque pudiera ser un buen tema para otro capítulo: ¿"Existe lo absoluto"? Ya no estoy tan seguro de que no exista.

CAPÍTULO XIII

Carta a un colega profesor

Estimado Profesor Lucas, Ibadan, Nigeria:

Estamos ahora en la misma región del mundo: El Asia, en donde se está efectuando lo que Arnold Toynbee llama “el juego del poder mundial”. Ambos estamos tratando de mejorar las condiciones de educación médica y de salud pública en estos países, tropicales como los nuestros. Usted está ahora en Nueva Guinea y yo pronto iré allí a unírmele. Los dos estamos tratando de que los estudiantes de medicina actúen, cuando, sean médicos, con una visión más de servicio a la comunidad que de servicio a sí mismos, y con una percepción más clara de lo que usted llama buena medicina, es decir, aquella que va a las causas de los problemas de enfermedad y de salud y trata de combatirlos en sus fuentes, radicalmente, para que TODOS los habitantes de cada nación, obtengan mejor salud.

Pero usted y yo sabemos que la salud de la población es una consecuencia de muchos factores, que están por fuera

de lo que las ciencias médicas por sí mismas pueden hacer, y que las condiciones políticas, sociales, de paz o de guerra, de riqueza o de pobreza, etc., influyen más todavía, que lo que los médicos podamos hacer. Por eso yo propongo que los profesores de Medicina Preventiva y Salud Pública, o Medicina Social, como también se la llama, no nos dediquemos al estrecho concepto de salud, definido como apenas un sector del bienestar humano, por los economistas, sino al más amplio concepto de salud, expresado por el humanista Brock Chisolm, el primer director de la Organización Mundial de la Salud, quien la definió, usted muy bien lo sabe, como: “No sólo la ausencia de enfermedad o afección, sino el estado de completo bienestar, físico, mental y social”. Claro que este concepto no lo entienden los de mente estrecha, llamados “técnicos” o “tecnócratas” de la moderna planeación de la salud, pero usted sabe también que la humanidad y las ciencias sociales están muy por encima de las estrechas técnicas.

Debemos definir qué es lo que vamos a enseñar a los futuros médicos, y qué es lo que vamos a enseñar a la juventud universitaria, en general, que cada vez en mayor número y con mayor impaciencia, reclama de sus profesores alguna luz y alguna guía.

En estos días he estado discutiendo qué es lo que la juventud quiere y qué es lo que le ha estado dando el mundo actual.

Prácticamente, la juventud del mundo ha escogido un ideal: El bienestar humano integral como su meta, y este es el signo más esperanzador en la ya larga historia del mundo. Indica que las reducidas metas de gloria nacional o personal, del predominio regional o religioso, político o racial, han sido abandonadas por los jóvenes que son el futuro de la humanidad.

¿Cuál es, entonces, nuestra responsabilidad como profesores? Primero que todo, creo yo, estimular este objetivo global y universal que la juventud se ha propuesto; Es lo suficientemente grande, alto y trascendente, como para mantener a todos los habitantes del mundo ocupados, interesados y dispuestos a trabajar duramente, hasta el final del género humano. Es pues un ideal eterno. Esto le dará a la lucha conjunta una trascendencia que podría llamarse “religiosa”. Podría decirse que, por fin, el mundo ha adoptado para sí una religión católica, es decir, universal. Y esta universalidad ha sido uno de los objetivos de muchas de las grandes religiones que hasta ahora han predominado sobre la tierra.

Pero esta nueva religión católica no se basa ya más en conceptos sobrenaturales, dogmáticos o dictados desde el cielo, por un ser Omnipotente y Eterno. Este nuevo catolicismo es más humilde, más terrenal, más práctico y más humano. Admite las limitaciones de nuestro origen biológico, las limitaciones antropológicas, políticas, sociales, económi-

cas, culturales, tecnológicas y científicas, que se oponen al ideal de bienestar para todos. Tendría que ser, aunque no suena correcto, una religión pragmática, aterrizada, como decimos nosotros en Antioquia, Colombia. O como lo proclama el lema de la Universidad de Córdoba en la Argentina: “Con los pies en la tierra y la mirada en el cielo”. Pero, agregaría yo, de cuando en cuando bajando la mirada hacia los problemas prácticos, para que en el arduo camino no nos vayamos a tropezar.

Una vez definidos este ideal superior y una metodología práctica y científica, cada uno de los profesores tendría un papel concreto. Me contaba un profesor chileno que está ahora aquí en Manila conmigo, que ellos habían escogido, allá en su universidad, un problema único para estudio y acción multidisciplinaria: la alimentación. Y este sistema, de enseñanza multidisciplinaria sobre un problema concreto común, nos daría un marco dentro del cual los especialistas en las distintas; materias pudiéramos actuar conjuntamente. Químicos, arquitectos, ingenieros, antropólogos, abogados, médicos, agrónomos, dentistas, enfermeras, educadores, economistas, sociólogos y los que yo últimamente he llamado “poliatras”, podríamos trabajar :con un objetivo común: El bienestar humano, pero con nietas específicas por ejemplo, en este caso: Una buena alimentación para todos; o en el caso de los médicos: Ausencia de enfermedades prevenibles para todos; o en el caso de los economistas: Trabajo produc-

tivo para todos; o en el caso de los técnicos en recreación: Recreación para todos, etc., etc.. Con el objetivo común, el bienestar humano para todos los individuos de la tierra, todos tendríamos para trabajos parciales, específicos y concretos, que llenarían a su vez todas nuestras legítimas aspiraciones a la felicidad individual. El poeta y el artista crearían belleza para beneficio de todos, el técnico en comunicaciones trabajaría para mejor comunicación humana integral, y así sucesivamente. No creo que esta sea la visión de un mundo utópico, sino que más bien sería algo posible, si el número de personas que estamos convencidas de esto, crece lo suficientemente en el mundo hasta formar una “masa crítica” que pueda influir sobre toda la humanidad. Esta es la tarea que deben emprender todas las universidades unidas de la tierra, y es la tarea que nos corresponde a todos los profesores universitarios. Cuando analizamos el número de educadores que actualmente existen y su posible enorme influencia en el mundo actual y futuro, veremos que la tarea no está por fuera de las posibilidades, por ejemplo, de una organización tal como las Naciones Unidas, con sus distintas agencias especializadas, tales como la O.M.S., en donde nosotros dos estamos actualmente trabajando, y como la UNESCO, en el campo más amplio, universitario, de que le estoy hablando en esta carta. Me parece que si la Organización de las Naciones Unidas adopta una política más unificada, con su objetivo común, aumentaría muchísimo su eficacia, aún dentro de

los reducidos presupuestos que las naciones le han otorgado hasta ahora, si se comparan con las enormes sumas que estas mismas naciones destinan a armarse para la guerra. El objetivo podría ser: La educación de todos los maestros del mundo para que aceptaran como su principal meta el educar a sus alumnos para que trabajaran por el ideal del bienestar humano total, universal.

Si todos los educadores, maestros y profesores del mundo nos uniéramos en este objetivo común del bienestar humano, seríamos capaces de formar nuevas generaciones con menos prejuicios de toda índole y con miras más amplias que las limitadas de glorias nacionales, religiosas, políticas o regionales.

Permítame que termine esta carta, recomendándole a un autor moderno, el que usted ya indudablemente conoce, pero sobre el cual quiero hacerle énfasis: Se trata de Gunnar Myrdal. He estado leyendo en estos dos últimos meses su libro "El Drama Astático", y creo que es un texto que debería ser obligatorio para la formación de todos los profesores universitarios de los países subdesarrollados del mundo. Myrdal nos ha mostrado la forma consciente y dura como hay que trabajar para llegar a algunos resultados útiles. Debemos seguir su ejemplo. Creo que es un científico contemporáneo con altos valores tecnológicos y morales, a quien va a deber mucho el mundo futuro. Con prototipos como Myrdal, para seguir e imitar, los profesores tendremos la guía que es indis-

pensable en este mundo, que a veces se hace complicado, caótico y confuso. Pero tampoco quiero terminar sin antes referirle una anécdota que leí hace unos años en un libro, en la Universidad de California, y que se aplica muy bien a la labor conjunta que debemos hacer para que entre todos hagamos un mundo mejor. Se trata de los tres trabajadores que construían la catedral de Saint Paul, en Londres, a los cuales el arquitecto Chriptophen Wren les preguntó qué estaban haciendo. El primero le contestó: “Puliendo una piedra”; el segundo le contestó: “Ganándome la vida”; y el tercero le contestó: “Ayudando a construir una catedral”. Aunque debemos saber pulir la piedra y ganarnos la vida, no debemos olvidar nunca que lo que estamos realmente haciendo es ayudando a construir “una catedral”, un mundo mejor. Con este sentimiento nunca caeremos en la desesperación o en la apatía. Y cuando veamos los problemas demasiado grandes y la inmensa oscuridad de las guerras, los prejuicios y los fanatismos humanos que se oponen a la construcción de este mundo mejor, recordemos el proverbio oriental: “En vez de maldecir la oscuridad, prende, aunque sea, una pequeña luz”.

CAPÍTULO XIV

Carta a un pragmático

Admiro a los pragmáticos porque no pierden el contacto con la realidad. Son prácticos, “aterrizados”, efectivos. Son los que han hecho la actual civilización anglosajona y principalmente norteamericana. Son distintos a los latinos, a los orientales y a los tropicales. No se casan con filosofías y con teorías sino que se concretan al acto. Son los realizadores de cosas, de proyectos, de iniciativas. No están construyendo modelos del mundo, sino un mundo real. El mundo en que vivimos ha sido creado por los pragmáticos, no por los idealistas o los filósofos.

Pero los pragmáticos son también los que hacen la guerra cuando hay que hacer la guerra y matan cuando hay que matar. Son los mismos que no se paran en pelillos para hacer todo lo que se tenga que hacer, porque “business are business”. Tienden a dejar la moral y las normas, a un lado.

Ayer conocí a un idealista pragmático y creo que esa es una realidad que debe imitarse. Se trata de una persona con altos ideales morales y de mejoramiento del ser humano,

pero con un enfoque pragmático de la manera como ésto puede obtenerse. No se ha limitado a teorizar, sino que ha actuado. Es más, lo que ha aprendido lo ha aprendido actuando, sin dejar sus altos ideales.

Se trata de Jimmy Yen, un chino de 77 años, que ha dedicado toda su vida a trabajar con los campesinos. Y con ellos ha aprendido todo lo que sabe de desarrollo social y lo ha venido aplicando y enseñando, en diversas regiones del mundo. El pragmatismo es pues, por sí mismo, una gran cualidad del ser humano entendido como la capacidad de actuar, de hacer, de construir, de efectuar cosas, de crear hechos.

Pero el pragmatismo debe estar regido por un ideal moral superior. No todo lo que se haga es bueno. No todo lo que se puede hacer se debe hacer; aunque aceptemos también que no todo lo que se debe hacer se puede hacer.

Pero el mundo de los pragmáticos, el inundo anglosajón actual, no es un mundo feliz, ni es un mundo justo, ni es un mundo bueno. Se ha basado en la conquista de los débiles por los más fuertes en todos los campos sin la debida consideración, a la justicia y a un ideal superior. En último término, el pragmático sin moral y sin conciencia es una amenaza para los demás seres humanos. Y las guerras coloniales y de conquista, los progresos técnicos y científicos al servicio apenas de unos pocos privilegiados, y las guerras antiguas y modernas, así lo atestiguan. El pragmatismo es

un producto de la raza blanca, de la cultura anglosajona. Ha habido también pragmáticos, en el sentido de que han logrado cosas para su propio beneficio en todas las razas, en todos los tiempos y en todas las culturas. Pero entre los blancos ha predominado el pragmatismo amoral.

Lo que haría falta sería un pragmatismo del bien. Una capacidad de actuar y de realizar cosas, en favor de todos los seres humanos, como lo han hecho los sabios, los grandes descubridores y los grandes maestros. Las mejores comunicaciones mundiales y una fe nueva y universal en los valores humanos, hacen posible ahora el pragmatismo del bien. Ya el mundo no tiene por qué dividirse entre pragmáticos sin moral e idealistas teóricos. El pragmatismo no tiene que ser sólo en beneficio de uno mismo o de unos pocos. Se pueden poner en práctica ideas y acciones en beneficio de los demás. Además de teorizar hay que realizar. Hacer sin pensar es tan malo como pensar sin hacer. Hay que hacer pensando y pensar haciendo. El idealista puro, peca por omisión. El pragmático puro, peca por demasiada acción. O, mejor dicho, por acción sin un sentido ético. Pero el mundo necesita también algún sentido teórico, alguna norma a la cual se pueda aspirar y a la cual se pueda encaminar la acción. La acción por la acción misma puede conducirnos a grandes encrucijadas, como en las que se ve envuelto el mundo occidental moderno. Y también las teorías sin práctica no tienen sentido. Esta síntesis de lo normativo con lo prác-

tico, de lo ideal con lo pragmático, sería la que habría que conseguir, para construir un mundo mejor. No tengo duda alguna de que los seres humanos del presente y del futuro podrán alcanzar esa síntesis.

CAPÍTULO XV

Carta a un idealista

Según mi amiga francesa de Manila, esta carta podría llamarse, “carta a mí mismo”, pues según ella, yo soy un idealista. Esto podría ser así, a pesar de que siempre he tratado de poner mis ideas en práctica, lo que me convertiría en un “idealista práctico”.

En la vida hay que tener ideales. Sin ideales, no creo que valdría la pena ser humano. El ser humano se distingue de los animales por tener ideales. Y mientras más altos y más inalcanzables sean estos ideales, más vale la pena vivir.

Mi gran ideal ha sido una vida feliz para todos los seres humanos. Y esta es, obviamente, una meta demasiado alta y demasiado ambiciosa para pretender siquiera que pueda ser lograda en muchas generaciones y aún con el esfuerzo de millones de hombres y mujeres. Pero que este ideal sea posible y alcanzable no tengo por qué dudarlo pues sé que en este mundo hay hombres y mujeres felices y que, dadas ciertas circunstancias existe la posibilidad de que todos los hombres y las mujeres del mundo sean felices en el futuro.

No soy un optimista cándido y he vuelto a leer a Voltaire sin que tenga necesidad de hacerlo, para saber que éste no es, ciertamente, “el mejor de los mundos posibles”. Pero también se que hay épocas, situaciones y circunstancias, en las que el mundo es mejor que en otras épocas, situaciones y circunstancias. Por lo tanto, se puede trabajar para que las circunstancias del mundo sean más propicias a la felicidad de los humanos, teniendo en cuenta lo que a estos los hace infelices y lo que más los satisface.

Es evidente que la guerra, las matanzas, las enfermedades y las catástrofes, la miseria, la desesperanza y el fanatismo hacen sufrir a los hombres. Muchas de estas cosas pueden evitarse. Y el trabajar —consciente y racionalmente— para que se eviten, es una empresa digna de los hombres más inteligentes, más vigorosos y más buenos que pueda producir la humanidad. Como lo he dicho en cartas anteriores, esto se está haciendo y cada vez en: más grande medida. La Organización de las Naciones Unidas y sus agencias especializadas tienen como propósito específico el evitar la guerra, la pobreza, la enfermedad y la ignorancia. Que no lo hayan logrado en su corta existencia de apenas 25 años, no quiere decir que no podrán lograrlo algún día. Cada vez más la técnica y la ciencia pueden ponerse —con más eficiencia y resultados mejores— al servicio del hombre. Depende de la buena voluntad de los que gobiernan los asuntos del mundo y de los que pueden tener más influencia sobre él.

Si todos nos trazáramos un ambicioso objetivo común de felicidad humana, cada quién podría trabajar—en su campo más o menos grande, o más o menos limitado— pensando siempre que hay, por lo menos, una cosa que puede hacer: No hacer nada para causar sufrimiento a ningún otro' ser humano. Y aún estanke podríamos llamar acción negativa u omisión tendría una característica común positiva: No hacer sufrir a nadie. Esto, naturalmente, dentro de un terreno racional y científico. No es que vayamos a dejar de poner una inyección, por ejemplo, o de aplicar una vacuna, para que un niño no sufra dolor físico. Sabemos que con ésto estamos evitando un mal mayor. Hay el peligro de equivocarse al decidir cuándo debemos utilizar algo que llamaríamos un medio malo para llegar a un resultado bueno. Esto ya lo he discutido en una carta anterior y me parece que se puede definir —científica y técnicamente con un grado de racionalidad bastante preciso.

Hay cosas que sabemos —con seguridad— que producen buenos resultados. Claro que se me dirá, que la misma salud, por ejemplo, ha producido el resultado del aumento de la población, lo que ha aumentado el sufrimiento en algunas regiones de la tierra. Y esto tenemos que aceptarlo. Debemos ser cuidadosos al analizar las acciones sociales que debemos emprender. Pero si utilizamos la ética, la razón, y la experiencia, llegaremos a resultados prácticos razonables y buenos; aceptables para la mayoría de los seres humanos.

En esto podemos evitar los absurdos, como el creer que las enfermedades y las muertes, las catástrofes y las guerras son buenas, porque producen limitación de la población. Puesto que se puede producir la limitación de la población —una vez que se haya decidido que esta es deseable— en determinados lugares y períodos, por procedimientos más racionales y menos traumáticos. Un grupo de hombres -razonablemente inteligentes y bien formados- y sin las limitaciones de ningún fanatismo religioso o político— puede llegar fácilmente a conclusiones aplicables y legítimas, en esta materia. Y en muchas otras que se refieren al bienestar y al futuro del mundo. Pero es difícil aplicar en la vida diaria y en las labores de día por día, esta doctrina, que parece racional y lógica. Deberíamos poder ayudar, por ejemplo, a los trabajadores de las fábricas de armamentos, a encontrar un trabajo más satisfactorio y más conducente a la felicidad del mundo, que fabricar armas.

Siendo las guerras y las matanzas el problema de mayor envergadura del mundo actual, deberíamos condenar todo lo que produzca armas, como algo malo, en cualquier parte del mundo. Ni siquiera para la llamada defensa sería defendible la producción de armas u objetos mortíferos, como rifles, bombas atómicas, granadas, tanques, etc.. Si la producción de todo esto se suspendiera, en toda la tierra, los cambios que podrían producirse en la humanidad, serían de gran magnitud y beneficio. Hacía esto podríamos

trabajar todos los hombres de buena voluntad de la tierra. En donde quiera que estemos, en cualquier parte en donde nos encontremos. Yo ahora estoy en Lae, Nueva Guinea, Oceanía. Me ha traído aquí una misión de salud pública. He conversado con hombres y mujeres dedicados a hacer el bien, por el bien mismo. He conocido muchas clases de estas personas en muchas otras partes del mundo. Por eso tengo confianza y esperanza. Por eso soy optimista.

CAPÍTULO XVI

Carta a un enemigo

Mi querido enemigo:

Yo sé que tú me odias. Que me consideras una de las personas más odiosas, petulantes, vanidosas, inmorales, cínicas, mentirosas, aparentadoras de cualidades que en realidad no tienen, etc., etc.. Estás en tu pleno derecho. En muchas de las actuaciones de mi vida he sido ésto y mucho peor. Tienes toda la razón en odiarme. Aunque —conscientemente— no he querido perjudicarte talvez, en realidad, muchas veces sí lo he hecho, sin quererlo. Puede que ni merezca tu perdón. Ni el perdón de la justicia, o de Dios. Pero, sin embargo, no he podido odiarte.

Es bien curioso. En mi infancia me enseñaron a tenerle miedo al amor. Por eso me ha sido muy difícil querer a una persona en particular. He querido intensamente. Pero pocas veces y por cortos períodos. Pero de una manera u otra, esta falta de constante amor, materializada en un solo y único ser humano, me ha permitido querer a la humanidad en

general, y, prácticamente, no odiar a nadie en particular. Por eso, por esa característica de mi educación infantil, no he podido odiar sino muy pocas veces —y muy superficialmente— a muy pocas personas. Así como tampoco he podido ser, nunca, un gran amante. He querido amar y he querido odiar, pero sólo lo he logrado en muy escasa medida. Por eso, aunque entiendo tus razones, me sorprende tremendamente que me odies. Como me sorprende, tremendamente también, que alguien me ame. Sólo ahora, al final de mi vida, me he venido a dar cuenta de que he sido amado y odiado, con gran intensidad, sin que yo en realidad haya hecho nada, ni en uno o en otro sentido, para que tanto me amen o tanto me odien. No puedo comprender por qué algunos me odian y por qué otros me aman. Muchas veces no he podido amar al que me ama ni he podido odiar al que me odia.

Supongo que este tipo de personalidad es muy escaso en la tierra. Al hacer tú el primer contacto conmigo, yo quise ser tu amigo, darte todo mi afecto, mostrarte mi cariño. Pero esto es muy difícil para mí. No lo puedo concentrar en una sola persona. Tal vez divido, entre los tres mil millones de seres humanos que hay en la tierra, toda mi capacidad de amor y toda mi capacidad de odio y; naturalmente, de ambas les toca a cada quien muy poca parte. Sé que me has hecho mal. Y muchas veces creo que a propósito. Pero no te culpo por eso. Cada ser humano tiene tantas razones para

hacer lo que hace. De todas las circunstancias que te condujeron a odiarme, talvez la menos importante es lo que yo haya hecho, conscientemente, en tu contra. Muchas veces creí favorecerte, ayudarte distinguirte. Pero a lo mejor, en el fondo, tío estaba sino buscando mi propia satisfacción, mi propio gozo, mi propia ambición de honores o de gloria, o de posiciones o de poder, sin darme cuenta de que tú también estabas buscando algo parecido. Sobretudo, el poder. Cada cual creía trabajar por una idea o por un ideal, y a lo mejor, lo que estábamos haciendo era trabajar solamente para nosotros mismos, por el poder para nosotros mismos. Es posible que los dos nos estuviéramos engañando. O talvez yo solamente. No sé. No te conozco lo suficiente. Aunque muchos psicólogos dicen que los demás lo conocen a uno —en ciertos aspectos— muchísimo mejor que uno mismo. Puede ser así. Por eso será que algunos me aman y que otros me odian. Porque algunos conocen las partes buenas que hay en mí, y otros apenas las malas. Así somos todos los seres humanos. Una muestra, al azar; una combinación, al azar, de partes buenas y de partes malas. En esta combinación, “at random”, de cualidades buenas y malas, no sé en que proporción fueron distribuidas en mí y en qué proporción fueron distribuidas en tí. Sé, eso sí, que tú tienes muchísimas buenas cualidades. Tantas, que has logrado surgir y triunfar y hacerte importante, en medio de dificultades inmensas que arrancan de tu infancia y juventud, pero que

has logrado superar -con valor, con constancia, con trabajo y con inteligencia— Por eso te admiro tremendamente. No podría decir que te quiero, pero, ciertamente, tampoco podría decir que te odio. De todas maneras, mientras no estemos compitiendo por la misma cosa, nuestra enemistad no será importante ni para tí ni para mí. Somos enemigos, lo reconozco. Tú quisieras verme mal y yo quisiera verte mal. Pero sólo en lo que se relaciona con la misma ambición que tenemos, el uno y el otro. El de ser el mejor en nuestro campo. El de superar al otro en su profesión y en su especialidad. Tú te has rodeado mejor que yo. Has formado un equipo, con el cual, tú a la cabeza, te has puesto en contra mía. Has logrado, ciertamente, hacerme daño. Pero —te lo digo con toda sinceridad- te perdono el daño que me has hecho. Estabas en tu derecho, y aunque no combatiste siempre con armas limpias, esas eran las armas que tu vida y tus antecedentes te habían enseñado a usar. Eso, yo no lo sabía. No sabía que en tí hubiera tanta capacidad de odio. Es posible que tú puedas concentrar, mucho más que yo, esas dos capacidades, tan aparentemente opuestas: La capacidad de odiar y la capacidad de amar. A veces envidio a los que pueden odiar profundamente, como tú, porque se que también podrán amar, profundamente. Y amar profundamente —yo lo sé, por algunos destellos y ocasiones en que he podido hacerlo— es el placer más grande de la vida. No te escribo más. No vale la pena. A un enemigo no se le debe poner

mucha atención. Se amargaría uno la vida. Y yo no quiero mi vida amarga. La quiero dulce, plácida, casi fácil, como hasta ahora ha sido, con la excepción, talvez, de los últimos cinco años, cuando tú te dedicaste a combatirme. En realidad, venciste en esa lucha: me sacaste del campo; pero yo he buscado otros campos de combate, en los que también, algunas veces, me han vencido. Buscare otros. La vida no se acaba todavía. Espero no encontrar en esas nuevas luchas enemigos tan poderosos ni tan traicioneros como tú. Hay humanos, desgraciadamente, con almas de reptil. Pero sin que ellos tengan la culpa. Yo no odio a los reptiles. Apenas temo su veneno y me fastidia su aspecto. Entre su especie deben ser capaces de amor y de amistad. Yo creo pertenecer a otra especie. No diría que a la de la paloma, de tierno corazón. Pero sí diría que he aprendido a volar. Desde dichas alturas, a las que sé que no podrás llegar tú, sino entre mis garras, te emplazo, para la última batalla.

CAPÍTULO XVII

Carta a un cínico

Un cínico es quien aparenta que nada le importa nada, fuera de su propia satisfacción. Conozco a unos pocos cínicos. Y los compadezco. Un cínico es aquel que tiene que refugiarse en el cinismo porque ha perdido toda esperanza. Es alguien que tuvo ilusiones y ya las ha perdido. Y si se pierden la ilusión y la esperanza, ¿qué nos queda entonces? Al cínico parece no interesarle los problemas del mundo. Pero todos sabemos que el mundo es un inmenso problema que algunos consideran insoluble. La mayoría de la gente se refugia en sus propios problemas o trata de solucionar problemas de su ambiente o de personas allegadas, o algunos problemas específicos, sin preocuparse del problema general de! Mundo. Esto es lo normal. ¿Pero será necesario que algunos ilusos o más ambiciosos traten de abarcar los problemas generales del mundo y del hombre sobre la tierra? ¿Tendrá alguna salida el estado actual del mundo? ¿El análisis—problema por problema— será el más adecuado, para tratar de resolverlos parcialmente, o necesitaremos un análisis integral,

compreensivo, general, orgánico?

Creo que se necesita un tipo de pensador universal. En esta era de las comunicaciones, de los viajes intercontinentales, de las organizaciones internacionales, debe haber algún lugar para los que piensan en general, para los que piensan en el hombre como un todo. Si analizamos el problema principal del mundo actual, lo más desconcertante que se nos presenta es la ambición de poder. Las naciones -o mejor los dirigentes de las naciones- lo que ambicionan es poder. Más poder para su nación les dará más poder a ellos, personalmente.

En la historia de la humanidad esta ambición de poder ha sido la más funesta de todas las ambiciones. Está en la raíz de todas las grandes tragedias humanas, sobretodo en la raíz de la más grande de todas las tragedias, que es la guerra.

¿Qué hay detrás de todas las guerras? La ambición de poder de algún hombre o de algún grupo de hombres. La ambición de poder político, económico o social. Disfrazada esta ambición con los ropajes más vistosos: Patriotismo, 'amor a la causa, amor a la religión, amor a la justicia.

¿Cuáles son las características generales de la ambición de poder y de gloria? ¿Qué hace a las gentes ambiciosas?

Los fanáticos dicen querer cosas abstractas porque no pueden querer personas reales. Detrás de toda ambición de poder existe un gran vacío de amor personal, una gran incapacidad de amar a otro ser humano. Si los políticos amaran,

no serían tan corrompidos. Detrás de cada, fanático hay un inmenso vacío de amor.

¿Qué tendremos que hacer para que toda persona aprenda a amar? Muchas cosas habrá que cambiar —para ésto— en el mundo actual. Muchas investigaciones científicas habrá que hacer en este sentido. Pero algún día encontraremos las respuestas Cuando las encontremos, el mundo será mejor. Por eso tengo esperanzas; por eso no soy cínico como tú, que te refugias en el cinismo porque has perdido toda esperanza.

¿Qué es lo que habría que estudiar, y cómo pudiéramos educar mejor a las futuras generaciones?

¿Qué es lo que hace a las gentes, por ejemplo, ambicionar no poder, sino conocimientos, diferenciando así al político del científico? ¿Qué hace a las gentes ambicionar prestar servicios a los demás? ¿Pueden ser estas cosas de-condicionadas o condicionadas por la educación?

¿Cuáles son, en realidad, las mínimas condiciones para alcanzar algún grado de felicidad?

Como se ha dicho anteriormente, creo que son muy simples:

1. Salud
2. Auto-estima (de acuerdo con los valores que cada cultura da a las distintas cualidades humanas).
3. Seguridad (para el presente y el futuro)

¿Cuáles serían las “cualidades” que deberían valorarse más en el mundo ideal? Creo que son las siguientes:

1. Valor (sobre todo valor para resistir, comprender y aceptar la realidad).
2. Sabiduría (capacidad de tomar las decisiones correctas, en relación consigo, mismo y con los demás).
3. Tolerancia (consigo mismo y con los demás).
4. Amor (posibilidad de amar, aunque sea a una sola persona, en el mundo).

Si se cultivan estos cuatro valores, no habrá posibilidad de cinismo. Y si se combate la ambición de poder, desde la infancia, no habrá posibilidad de fanáticos del poder.

Muchas cosas podremos hacer, señor cínico, que harán de este mundo un mundo mejor.

Es posible construir una teoría general del mundo, que nos dé directivas generales para hacer de este mundo un lugar en donde no haya necesidad de que existan ambiciosos de poder, como algunos que conozco; ni cínicos como tú.

Y hacer de este mundo un lugar en donde todas las personas sean normales, es decir, que tengan capacidad para amar.

La normalidad, en el futuro, se podrá medir por esta característica o variable: La capacidad de amar.

Todo el mundo no podrá tener la misma capacidad de amar. Pero con que tratemos de aumentarla —lo más que podamos— en todos, pero sobretudoo en la niñez y en la ju-

ventud, estaremos trabajando en la dirección correcta.

Habrá que descubrir que hace a la gente capaz de amar y qué la hace incapaz, de amar. Así como se hacen muchas investigaciones moleculares, habrá que hacer muchas investigaciones psicológicas y sociológicas. Que nos den reglas generales de educación, para educar a la gente en la capacidad de amar y para rehabilitar a los que no son capaces de amar.

Tu cinismo no me asusta ni me desconcierta. Por el contrario, me estimula más para seguir buscando la verdad, para seguir trabajando porque haya menos personas como tú.

CAPÍTULO XVIII

Carta a un aspirante a sabio

Sé que aspiras a ser sabio, es decir, a saber mucho. Pero no me parece que estés tomando el camino correcto. Porque no es el saber mucho, sino el comprender muy bien, lo que hace que una persona alcance la sabiduría.

La sabiduría -ya la había definido antes— es la capacidad de decidir bien en relación con lo que se debe hacer o no hacer. “

El saber cómo actuar bien, en todo lo que afecta a uno mismo y a los demás, requiere, ciertamente, un gran conocimiento. Un gran conocimiento de muchas cosas. Un gran conocimiento, sobre todo, de los hombres y del mundo; de las relaciones entre los seres humanos; de sus maneras de ser y de reaccionar.

Pero tú te interesas principalmente por las cosas y no por los hombres. El ser humano integral no es tu afición, sino las partes —sobre todo las físicas— que componen el ser humano. Por éso no creo que llegues nunca a ser sabio. Tal vez podrás llegar a ser el que sepa más genética, por ejem-

plo, en el mundo. Y no niego que el saber profundamente de una sola cosa, no pueda ser también el camino para llegar a comprender el todo universal.

Pero me parece que los verdaderos sabios que en el mundo han sido, se han interesado más por el hombre y su esencia integral, que por las cosas que constituyen el universo o aún el hombre mismo.

No sé. No sabría cuál sería el consejo más apropiado que podría darte, si lo que realmente buscas no es la gloria, sino la sabiduría. Me parece ver en tí ciertos aspectos de petulancia y de querer demasiado mostrar lo que sabes; tal vez con un desespero demasiado grande porque te admiren; porque te admiren y respeten, sobre todo los jóvenes, de quienes te rodeas a menudo, esperando aterrarlos con tu sabiduría y exigiendo de ellos su incondicional admiración y veneración.

No creo que éste sea el camino. Si buscaras el saber por el saber, o el comprender a los seres humanos, con la esperanza de ayudarlos a que se comprendan mejor a su vez a sí mismos, tal vez encontrarías más fácil el camino apropiado hacia la sabiduría.

No es mostrando lo que se sabe, o como decimos en Antioquia, tratando de descrestar con lo que se sabe, como yo creo que pueda alcanzarse la sabiduría. Y ni siquiera la gloria, si es en realidad eso lo que buscas. Hubo un sabio antioqueño, Gregorio Gutiérrez González, quien definió, a

mi parecer, las características de un verdadero sabio, sin que yo sepa, desgraciadamente, a quién se refería en específico. Dijo así refiriéndose sin duda alguna a alguien conocido por él: “Eres como el cocuyo; el genio tuyo ostenta tu fanal; huyendo de la luz, la luz llevando; siempre alumbrando la misma sombra que buscando vas”.

El genio verdadero, el verdadero sabio, no busca la luz, no busca refulgir, no busca alumbrar. Sencillamente alumbraba. Alumbraba, con luz propia, las inescrutables tinieblas del mundo. Esa es su misión y es su destino. Y cuando un día cualquiera muera, seguirá como el cocuyo, alumbrando, aún después de muerto.

CAPÍTULO XIX

Carta a cualquier ser humano

Con esta carta termino este libro, dejando consignadas algunas reflexiones que me han inquietado últimamente sobre el destino del hombre.

Desde hace mucho tiempo algunos hombres se han preocupado por averiguar cual es el fin, objetivo o propósito de la vida humana. Muchas respuestas se han dado a este, importante interrogante, aunque no parece que aún hoy en día el hombre haya llegado a un consenso general sobre ello. Y es dudoso que alguna vez llegue a tal consenso. Sin embargo, en el momento actual de la humanidad, con su gran cúmulo de conocimientos y experiencias, buenas y malas, en relación con su vida sobre la tierra, el hombre va llegando a ciertas conclusiones de validez universal, obtenidas a través del análisis cuidadoso de la historia humana y de sus propias vivencias.

Todos los científicos modernos están de acuerdo en considerar, como un hecho cierto, el que el hombre es el producto natural de una larga evolución física, biológica, social,

cultural y espiritual, que le ha conferido a la materia de la cual está constituido, la circunstancia única y específica en el actual universo conocido, de poder reflexionar sobre sí mismo y sobre su origen y destino, de una manera completamente distinta a lo que otras especies pueden hacerlo, por lo menos hasta donde nuestros actuales conocimientos alcanzan.

¿Para qué estamos entonces en el mundo? “Para conocer, amar y servir a Dios” nos dicen a los cristianos. ¿Y qué concepto de “Dios” nos dan? : “Es un ser infinitamente sabio, poderoso y bueno, principio y fin de todas las cosas”.

Pero el hecho es que nos encontramos en un mundo que no parece ser, si bien lo analizamos, el producto de la planeación cuidadosa y bondadosa de una mente sabia y todopoderosa. Sino más bien el resultado del azar físico, químico y biológico. Un mundo en el cual las grandes conquistas, en relación con el bienestar humano, se han hecho más bien a través de la dura lucha del hombre por conocer la naturaleza, por conquistarla y por dominarla. La lucha contra el ataque de las fieras y los reptiles; contra las enfermedades; contra el dolor; contra la miseria y aún contra el deterioro físico y espiritual de los propios hombres. Esta ha sido hasta ahora, prácticamente, la historia del hombre.

Nos encontramos en una etapa en la cual grupos cada vez más numerosos de seres humanos se preocupan por el estado actual y el destino futuro de toda la humanidad. Tratando de actuar en una forma tendiente hacia la realización

de una sociedad humana planetaria, cuyos principios sean los de la racionalidad, la comprensión mutua, la solidaridad y la cooperación universales; comprensión profunda de los fenómenos sociales y humanos, aspiración al relativo bienestar posible que pueda obtenerse en las circunstancias y con los conocimientos del día, rechazo de la violencia y comprensión entre todos los seres humanos y entre todas las culturas, de todos los lugares del mundo. Si los grupos humanos que gobiernan actualmente a los países y que influyen en la vida de toda la humanidad actuaran más racionalmente y con mayor comprensión de los verdaderos problemas importantes que afectan el mundo de hoy, es posible que los ideales de ciertos hombres de buena voluntad sean realizables, en un futuro no demasiado lejano. Las posibilidades técnicas y científicas existen o están en vías de desarrollarse, para que se pueda alcanzar un futuro mejor para la humanidad sobre la tierra. Lo que no parece haber todavía es un consenso universal y definitivo sobre importantísimos y vitales aspectos de la presente y de la futura historia del hombre. Sabemos que nuestras vidas están definitivamente condicionadas por las vidas de muchos otros seres humanos y, sobretodo, por las acciones u omisiones de los poderosos de la tierra. La única esperanza es que el poder esté en manos de los que puedan y quieran hacer mucho en beneficio de la humanidad entera. Cada vez las fronteras y las enormes diferencias entre personas que pertenecen a la misma especie *Homo sapiens*, se convierten en preocupación

de grupos más numerosos e influyentes, que quisieran que las diferencias y las divisiones existentes se reemplazaran por una mayor cooperación y una mayor igualdad entre todos los hombres.

La vida y el fin de los seres humanos tiene sus diferencias esenciales con la vida y el fin de otros animales, en el hecho, ya señalado, de que somos los únicos que podemos reflexionar y actuar, positivamente, sobre esta misma vida, y señalarlos, por nosotros mismos, un objetivo posible y deseable. Creo que cualquier ser humano, en cualquier parte del mundo, estaría feliz de poder contribuir, así fuera en mínima parte, a su propia felicidad y a la felicidad de otros seres humanos. Y no solamente a la de los que estuvieren a su alrededor, o sea sus prójimos, sino a la de cualquier otro ser humano, que estuviera en una necesidad o que estuviera sufriendo. Esto, que en un principio fue el propósito de una sola ciencia, la medicina, y de algunas religiones, debería convertirse ahora en el propósito de todas las ciencias, de todas las religiones, de todos los gobiernos, de todas las naciones, de todas las culturas y de todos los hombres. El propósito de la vida Humana es contribuir a alcanzar el mayor bienestar posible para nosotros mismos y para todos los demás. Por primera vez en la historia del hombre ésto es técnicamente realizable, aunque es evidente que con numerosas limitaciones. Siendo también obvio que el completo bienestar físico, mental, social y espiritual de todos los hombres, en todas las épocas y en todo

momento, es absoluta y totalmente irrealizable y utópico. La edad de las utopías ha terminado y se abre la época del análisis racional y científico de las posibilidades humanas, para su propia felicidad y bienestar en esta tierra.

Se han mencionado muchos caminos y se han cometido muchos errores. Se han propuesto, también, muchas soluciones. Pero la felicidad y el bienestar absolutos no se han podido ni se podrán alcanzar en parte alguna. Esta verdad la debemos aceptar humildemente, pero sin pesimismo, pues es verdad también que se han alcanzado avances y grandes progresos en la lucha del hombre por una mayor comprensión del mundo en que vive; por un mayor bienestar para sí y para los suyos; por menos sufrimientos y miserias, y por alcanzar una mayor libertad y una mejor realización de su propia vida. Mientras más entendamos el mundo y los hombres, mejores seremos. Y mientras seamos mejores, seremos más felices. La felicidad completa y permanente es evidente que no la podremos alcanzar nunca. Pero una vida relativamente feliz, en convivencia con nuestros congéneres y en armonía con el mundo, es algo a lo cual sí podemos legítimamente aspirar, como objetivo del hombre. Sin olvidar que para ser feliz hay que servir.

Medellín, Junio de 1976.
HÉCTOR ABAD GÓMEZ

CARTA PARA EL HIJO

A manera de epílogo

No sería yo, si no te confesara la verdad, aunque podría no gustarte y herirte también como me heriste tú con tus despiadados comentarios, a la salida de la casa del poeta Castaño.

Te estoy escribiendo por consejo de Carlos Castro, a quien esta mañana fui a mostrarle tu carta.

La leí —sorprendido— y la leyeron también Clarita y Vicki. Después tu mamá. Cada quien reaccionó a su manera, como tú comprenderás. Después hablaremos de ésto, que añade un factor importante, del cual no habíamos conversado, a todo este proceso que está siendo tan doloroso para tí, del paso de un poeta, de un artista, de niño a hombre. En este momento me asalta la duda de si tal paso es posible sin perder la inocencia, el candor, la sensibilidad y la belleza, consubstanciales con el mundo del arte que estás empezando a vivir.

Para que me perdones el que le haya mostrado tu carta a Carlos sin haberlo consultado antes contigo, te explico,

como me lo solicitas en tu carta, esta acción, que a lo mejor te aclarará también otras que tú no has comprendido. Para mí, paulatinamente, se me va haciendo cada vez más evidente que lo que más admiro es la belleza. No hay tal que yo sea un científico, como lo he pretendido -sin lograrlo— toda la vida. Ni un político, como me hubiera gustado. Es posible que de habérmelo propuesto, hubiera podido llegar a ser un escritor. Pero ya tu empiezas a entender y a sentir, todo el esfuerzo, el trabajo, la angustia, el aislamiento, la soledad y el intenso dolor, que la vida le exige a quien escoge este difícil camino de crear belleza. Estoy seguro de que me aceptarás la invitación de que veamos juntos, esta tarde, “Muerte en Venecia” de Visconti. La primera vez que la vi sólo me impresionó la forma. La última vez entendí su esencia, su fondo. Lo comentaremos esta noche.

Volveremos a conversar de todo lo que nos gusta a ambos: De la vida, de la muerte, de la felicidad, de la música, del arte. Tuve dudas de mencionar la muerte entre “lo que nos gusta”. Pero de ésto también hablaremos. Es un tema que para mí, más cercano en este proceso “nacimiento—muerte” que llamamos *villa*, a la última etapa que a la primera y después de haber sufrido tanto y tan intensamente con el prematuro término de dicho proceso de tu hermana, de tu amigo, y de tantos hijos de amigos nuestros —se va haciendo cada vez más simple, más natural— aún te diría que, para la mía propia— no ya como tema sino como reali-

dad más deseable. Y no es porque esté desengañado de nada ni de nadie. Tal vez todo lo contrario. Porque creo que he vivido plenamente, intensamente, suficientemente.

Tu intenso y dramático proceso de nacimiento a la dolorosa vida de los adultos y de los artistas —más dolorosa aún, según empiezo a vislumbrarlo, conociéndote a tí y oyendo a Carlos— es algo que me impulsa, tal vez más que ninguna otra cosa en el mundo, a seguir viviendo, a seguir tratando de ayudarte, de comprenderte, de quererte. Por consejo de Carlos, que te conoce más, por ser poeta, que yo, te escribo esta carta sin contestar una a una tus preguntas, las que según él, no son contestables. Yo pensaba, simplemente, conversar contigo esta tarde y esta noche, como lo hemos hecho antes. Pero me convenció el consejo de Carlos.

Quiero contarte —con explicable orgullo— que yo sé que tú vas a llamar vanidad con razón en lo que a mi respecta que el comentario del poeta amigo mío, y que yo quisiera, cuando tú lo desees, que fuera también amigo tuyo fue el siguiente: “Es el primer poema que leo de tu hijo”.

Espero que sigas escribiendo mucho, produciendo belleza como es indudable que ya estás empezando a saber hacerlo.

Trataré de llegar temprano de la oficina para que conversemos y decidamos si vamos o no vamos a cine.

Como siempre, te quiere mucho,

Tu padre.

